MASTER NEGATIVE
NO. 93-81673-6

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO, RAMON

TITLE:

NUEVOS PEQUENOS POEMAS Y DOLORES

PLACE:

SEVILLA

DATE:

1877

Master Negative #

93-81673-6

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86015
07

Poems

Campoamor y Campoosorio, Ramón [María de las Mercedes de, 1817-1901.

... Nuevos pequeños poemas y doloras. Sevilla, F. Alvarez y cª, 1877.

249 p., 1 l. 20cm.

At head of title: Ramón de Campoamor.

2-10247

Library of Congress, no.

Restrictions on Use:

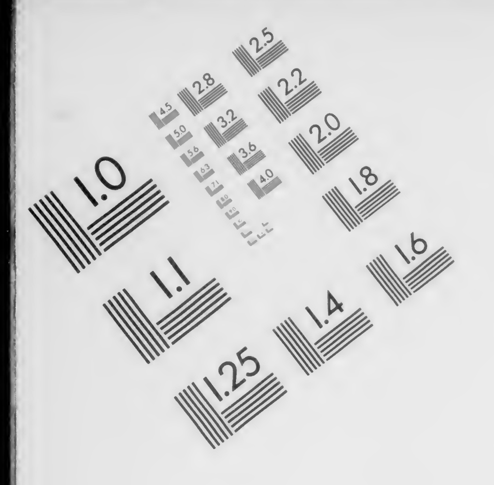
TECHNICAL MICROFORM DATA

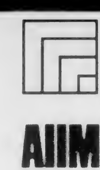
FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x

IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB

DATE FILMED: 8-16-93 INITIALS MbY

FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT



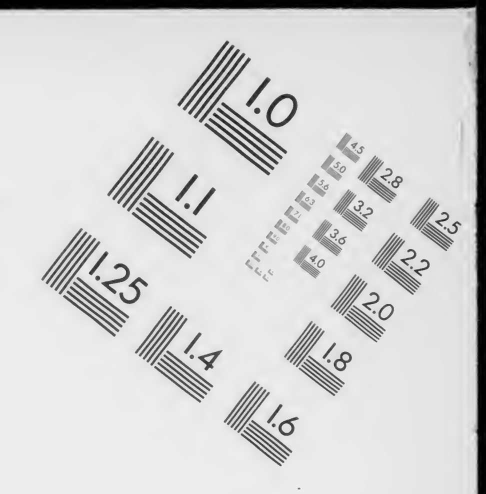


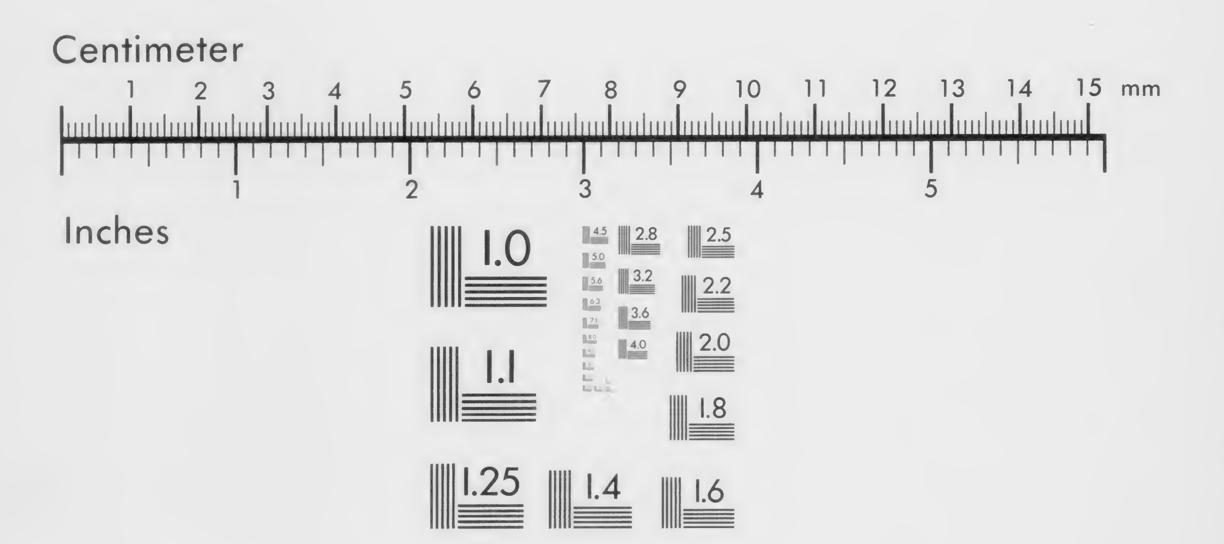
AIIM

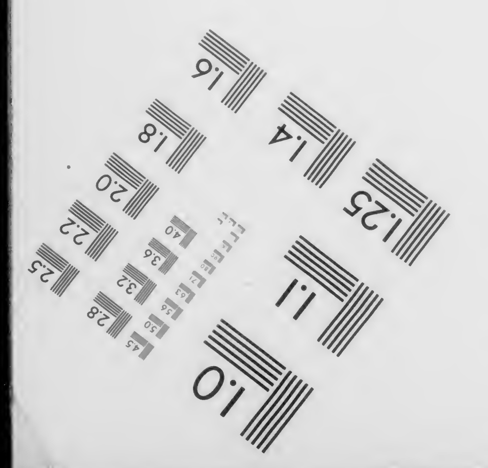
Association for Information and Image Management

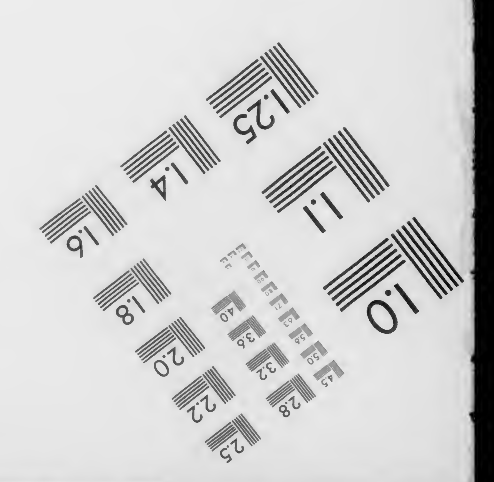
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202









MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

GUSTAV E. STECHERT
828 Broadway
NEW-YORK

Class 86C15 Book O7
Columbia College Library
Madison Av. and 49th St. New York.
Beside the main topic this book also treats of

Subject No.	*On page*	*Subject No.*	*On page*

This book is due two weeks from the last date stamped below, and if not returned at or before that time a fine of five cents a day will be incurred.

FEB 25 1932		
Jue		
9 Ja'46		
26 No'47		


88

NUEVOS PEQUEÑOS POEMAS

Y

NUEVAS DOLORAS



SEVILLA

Establecimiento tipográfico de Francisco Alvarez y C.ª
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier.

RAMON DE CAMPOAMOR

NUEVOS PEQUEÑOS POEMAS Y DOLORAS

SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª EDITORES
Tetuan, n.º 24

ES PROPIEDAD

NUEVOS PEQUEÑOS POEMAS

18 NOV 1899 STECHERT

98785

LOS AMORES EN LA LUNA

POEMA EN TRES CANTOS

Dedicado al Sr. D. Manuel del Palacio

INSIGNE POETA

Los Amores en la Luna

CANTO PRIMERO

I.

No hay dicha en este mundo: hé aquí un gran tema
Para escribir, como escribir confio,
Un poëma que, triste por ser mio,
Será más bien un sueño que un poëma.

II.

Doña Isabel de Portugal, esposa
Del Rey y Emperador Cárlos Primero,
Miraba al Rey, su primo y compañero,
Con ojos que veian otra cosa;
Y es que, aunque fiel casada,

Siempre fija en el cielo la mirada,
Á través de un gentil sonambulismo,
Se juzga de Lombay enamorada
(Y amar, ó creer amar, todo es lo mismo),
Y, cada vez que su extravío nota,
Más que amante, devota,
Con conciencia intranquila
Haciendo cruces la inocente, agota
Toda el agua bendita de la pila.
¡Oh, virtud adorable
Que se cree abominable
Porque ama á un sér en la region del viento!
Que me conteste el juez más implacable:
¿Es crímen ser infiel de pensamiento?

III.

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa
Hacer saber una pasion que esconde?
Permitid que mi pluma valerosa
Estos misterios del amor ahonde.
Yo sé de cierta hermosa
Que amó con la pasion más tormentosa,
Y amó porque, al pasar por no sé donde,

Le dijo no sé quién no sé qué cosa.
Y sé de otra tambien, que aunque pedia
Por la noche á los ángeles consejo
Para ser buena en el siguiente dia,
Se hacía amar con tan discreto modo
Que, aunque nada á su amante le decia,
Tan sólo con fruncir el entrecejo
Se lo contaba, sin embargo, todo;
Y es porque sabe el alma enamorada,
Mejor que muchos sabios,
Cuanto nos dicen, sin hablarnos nada,
Un dedo que se aplica á ciertos lábios,
Una palabra, un gesto, una mirada.

IV.

No hay cosa más comun en los amores
Que esos vagos ardores
Que nuestras almas llenan
De unas locas visiones que envenenan,
Así como envenenan muchas flores.
¡Cuántas mujeres veo
Que del amor padecen el martirio,
Y que, adorando á un hombre con delirio,

No han llegado jamás ni áun al deseo;
Castas mujeres, que en secreto adoran,
Y que son adoradas sin medida,
Y que á veces tambien, aunque lo ignoran,
Son la oculta novela de otra vida!
¡Oh, Dios! ¡Cuánta alma buena
Con la mirada llena
De sueños y horizontes interiores,
Como carga importuna
Sacude de la tierra los dolores,
Y luégo, en busca de mejor fortuna,
Va soñando al país de los amores!...
¿Dónde está ese país?—¿Dónde? En la luna.

V.

Al Marqués de Lombay, noble, severo,
De hombres envidia y de mujeres gozo,
La Reina le llamaba «el caballero;»
Las damas le decian «el buen mozo.»
Á este insigne varon, despues que le hizo
Paje de honor la infanta Catalina,
Por una gran razon que se adivina
La Reina le nombró caballerizo;

Y por fin, el buen mozo y caballero
(Que á santo llegó un dia),
Que Marqués de Lombay siendo primero
Fué después cuarto Duque de Gandía,
Gozando de la Reina la privanza
(Sin la promesa real de dicha alguna),
Vivió en eterno estado de esperanza,
Que es vivir en un valle de la luna.

VI.

¡Cuántos nobles amores,
Llenos de ánsias y celos,
Sin tocar en las puntas de las flores,
En el azul se mecen de los cielos;
Amores que, aunque son de pensamiento,
Embargan por entero nuestra vida,
Y que, al morir nosotros, en el viento
Se pierden como música no oida!

VII.

Y tú, lector querido,
¿No has conocido alguna

Que, aunque fiel en la tierra á su marido,
Ama á otro hombre fantástico en la luna?
De este modo la Reina, embebecida,
Cruzando en ilusion los cuatro vientos,
Un columpio formó de pensamientos,
Y en ellos se meció toda su vida;
Y así tan sólo á comprender alcanza
El alma más severa
Cómo puede un amor sin esperanza
Llenar de dicha una existencia entera.

VIII.

Pero pregunta una mujer curiosa:
—Siendo infiel en los astros á su dueño
La grande Emperatriz y noble esposa,
¿No era culpable?—Sí.—¿De qué?—De un sueño.—
¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas
Suelen amar contra su mismo intento
Porque en ciertas alianzas caprichosas
Acaso con su propio sentimiento
Se confunde el aliento
Misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuántas vírgenes piadosas,

En un rapto de amor calenturiento,
Sin restriccion alguna
Se van á amar sobre lo azul del viento,
Porque tiene en los valles de la luna
Su derecho de asilo el pensamiento!

IX.

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
(Terrible como todas las verdades),
Que un corazon sensible
Para huir de las frias realidades,
Convirtiendo en posible lo imposible,
Conducido por mano de las hadas
Se tenga que escapar de lo invisible
Por las oscuras puertas entornadas!

X.

¡Oh, sueños del amor y de la glória!
¿Quién no tiene en la luna algun amante?
Oid de esta pasion la eterna história:
Se llega á ver á un sér un solo instante,
Y despues va empezando aquel semblante

Á flotar vagamente en la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
—Sí.—¿Quién es?—Una sombra encantadora
Que, cruzando más rápida que un ave,
Pasa, mira, nos ciega, se enamora;
La vamos á seguir, y se evapora.
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Qué hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO

I.

¿No estais, lectores mios, admirados
De ver, ora en ausencia, ora en presencia,
Lo mucho que interviene en la existencia
La diosa de los mundos encantados?

II.

Oid por boca del amor más tierno
El placer infinito que se siente
En la interior vision del mundo externo.
Á una niña inocente
—¿Te aburres, dí?—su madre le decia;
Y la niña risueña respondia:
—Nó, madre; me distraigo interiormente.—
¡Modelo de los que aman sin medida
La niña, interiormente distraida,

Como ella, fantaseando hechos y cosas,
Entretienen mil almas virtuosas
Este inmenso bostezo de la vida!
¡Oh ilusion adorable,
Hija del cielo y de la dicha hermana,
Á no ser por tu magia soberana
Nos mataria el tedio inexorable,
Eterno fondo de la vida humana!

III.

Pero mi mente, como todas, vuela,
Y de la grande Emperatriz se olvida;
Y así, dejando á un lado la novela,
Volvamos á la história de su vida.

IV.

La Emperatriz, hácia los treinta abriles
Tenía una belleza incomparable.
Yo ví en un medallon sus dos perfiles,
Y la encontré dos veces admirable.
Aquel rostro tan bello
Que á sus Vénus despues puso el Ticiano,

Lo rodeaban con gusto soberano
Dos matas abundantes de cabello;
Y á su augusta altivez poniendo el sello
Las gasas de su gola y de su mano,
Sus mangas blancas y su enhiesto cuello
Le daban un aspecto puritano.

V.

Aunque la Reina-Emperatriz, prudente,
Detesta cordialmente
El amor que se acerca demasiado,
Ansía, estando de Lombay ausente,
Corrientes de suspiros de aquel lado;
Y hasta cuenta la fama
Que, sin hacer á su pudor agravios,
Viendo, unido á Lombay con otra dama,
Triste ocultó la Emperatriz su llama,
Dijo: «¡mejor!» y se mordió los labios.
Pero, aunque ausente, y además casado,
En pensar en Lombay su alma se aferra,
Y con gentil cuidado,
Soñando en el ausente idolatrado,
Para verlo mejor los ojos cierra.

Y tiene así, de su deber al lado,
El alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI.

Pero esto, me diréis, ¿no es ser demente?
Cuando se ama en extremo es lo ordinario
Ser un poco demente, y más que un poco,
Pues siempre fué y ha sido necesario
Para ser muy feliz ser algo loco.
Y en su amor, locamente extraordinario,
Miéntras se postra ante ella el mundo entero,
La Emperatriz con culto verdadero
Se arrodilla ante un sér imaginario.
Mas, salvando el honor de su marido,
Siempre el amor con el pudor hermana,
Y así vive, aunque infiel, la Soberana
Con la conciencia del deber cumplido;
Y nunca de la altiva castellana
Puede ser el secreto sorprendido,
Pues sólo ántes que alumbre la mañana
Es cuando astuta, si lo ve dormido,
La frente de Endimion besa Diana.

VII.

Mas ¿qué han de hacer, ¡Dios mio!
Sino buscar consuelo en las estrellas
Las reinas que, en sus horas de vacío,
Ven que toman los reyes para ellas
La forma del deber ó del hastío?
¡Ay! sí: miéntras la Reina sin fortuna
Cumplia como buena sus deberes,
Don Cárlos, en sus múltiples placeres,
Sin miramiento ni prudencia alguna,
No sólo idealmente á las mujeres
Las conduce á los valles de la luna,
Sino que en la vehemencia
De su insaciable pecho
La realidad agota sin conciencia,
Y llama, cual Calígula en demencia,
La misma luna á compartir su lecho.

VIII.

Pero en cuanto á la Reina es muy distinto;
En vano el mundo su conducta acecha,

Pues comprende muy bien su noble instinto
Que la esposa del César Cárlos Quinto
Debe estar hasta exenta de sospecha.
Y, cuanto más soñando se extravía,
Hablando con sus mismos pensamientos:
«Dios me dará pesares, se decia,
Pero nunca tendré remordimientos....»
Y yá por el dolor purificado
El amor de su sueño la extasía,
Y así, del grande Emperador al lado
Mirando á su marido lo perdia,
Se buscaba á sí misma y no se hallaba.
¿Que esto es ser criminal? ¡Oh, cielo santo!
¡Cuánta mujer, como ella, muy honrada,
Con femenil encanto
Miéntras habla á su amante, embelesada,
Sigue con otro diálogos en tanto
Perdida en el espacio su mirada!

IX.

Y ¿qué más? Cuando al cielo levantados
Se ignoran á sí mismos los sentidos,
A la tierra apegados

Por el deber y la palabra unidos,
Yo vi muchos amantes muy queridos
De corazon y de hechos separados,
Hallándose en la luna confundidos
Con sombras de otros séres adorados:
Amantes que, aunque buenos y dichosos,
Persiguiendo ardorosos
Cansados de lo real, sueños livianos,
Se quieren en la tierra como hermanos,
Y tienen en la luna otros esposos.

X.

¿Dudais de esta verdad, lector amado?
Pues no esteis en su fé muy confiado
Aunque tengais á vuestra amada enfrente,
Pues positivamente
Cuando está distraida á vuestro lado
Es que se acerca á su querido ausente.
¡Cuántas veces, henchida de fragancia,
Besa una boca á su adorado dueño,
Y otro sér, á mil leguas de distancia,
Oye un eco que vibra como un sueño!
Y es que, aunque el beso suena donde toca,

Al ponerse despues en movimiento,
Ligero como el viento
Su direccion el pérfido equivoca,
Pues remitido al Norte con la boca,
Se lo lleva hácia el Sur el pensamiento!

XI.

¡Salud, valle encantado de la luna!
En tí, en mi edad pasada,
¡Oh, imágen, sobre todas, adorada!
Tuve yo, entre otras, una,
Hace yá muchos años, secuestrada.
¡Cuánto he amado y sentido!
¡Y tú, jóven lector, tén entendido
Que, si amo hoy sólo por amor al Arte,
Tambien, por la ilusion desvanecido,
Caminé por el mundo distraido
Cual si viviese en Júpiter ó en Marte!
Y, aunque yá no me empeño
En seguir á mi ardiente fantasía,
Pues tengo en mi mujer mi fé y mi sueño,
Y en mis libros la calma y la alegría,
Todavía mi mente

Hace brotar ardiente
Del fondo de mi infancia maravillas.
Y es tan verdad que, ayer precisamente,
Pasó una antígua imágen por mi frente,
Que mi insomnio cargó de pesadillas.
¡Aún suelo recordar en mi ardimiento
Várias memorias, en la luna ausentes,
Con quienes hice yo de pensamiento
Millones de locuras inocentes!
Y áun me acuerdo de alguna
Que, aunque esposa severa.
Con alma llena de ilusiones, era
Fiel en la tierra y pérfida en la luna....
Pero ¡ay! esto pasó. ¡Bien lo he llorado!
¿Te acuerdas de ello. Inés? ¿y tú, María?
Mas ¡qué memoria tan tenaz la mia!
¡Esto tambien pasó! ¡todo ha pasado!

CANTO TERCERO

I.

Hay un amor profundo
Que nunca encuentra en nuestra vida calma:
Y hay un exceso de alma
Que jamás halla empleo en este mundo.
Y prueba de ello son las almas puras
Que, para hallar á su cariño empleo,
Extravasan en sueños sus ternuras,
Imitando en su loco devaneo
Á todas esas santas criaturas
Que recorren, viviendo en sus clausuras,
Los inmensos pensiles del deseo.

II.

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirado
El amor de esos seres elegidos

Que pueden, enfrenando los sentidos,
Adorar sin vergüenza y sin pecado;
Que con sana conciencia,
Alzando lo más puro de su esencia
Hasta uno de los valles de la luna,
Agregan su existencia á otra existencia,
Y pueden conservar sin mancha alguna
Todo el tiempo que quieran la inocencia!

III.

Con tal piedad y con pureza tanta,
Amaron, cual Lombay á la Princesa,
Con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, tambien Santa.
¡Honor á estos fantásticos cariños
Que son tan inocentes
Como lo son los sueños trasparentes
Que envia Dios á pájaros y á niños!
Jamás concebirán de nuestra mente
Amores tan sublimes y tan tiernos
Los que saben amar tan solamente
Con el amor que alegra á los infiernos!

IV.

¡Reina infeliz! cual dice la Escritura
Vió á un hombre un dia por su mala suerte,
Y despues con tristeza y con ternura
Se quedó pensativa hasta la muerte.
Don Francisco de Borja la queria
Con tanta abnegacion, con ardor tanto,
Que ántes de ser un heroe y luego un santo,
Ya un cristiano de Esparta parecia.
Y la Reina entre tanto apasionada,
Aunque al pudor no le defrauda en nada,
Casta, y leal, y mística y severa,
Á su angustia febril abandonada
En su trono imperial vive sentada
Más triste que una virgen de Rivera:
Hasta que lentamente
Sofocando en el pecho aquel misterio,
La Reina emperatriz fue tristemente
Bajando esa pendiente
Á cuyo pié se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
Un hecho que en idea se trasforma,

Y, así como una llama entre la bruma,
La Reina, cual incienso que perfuma,
Ondeó, se disipó, perdió su forma,
Y en espíritu fué de vuelo en vuelo
De aquí á la luna y de la luna al cielo.
¡Murió jóven aún, pero ¿qué importa?
Va y viene la mujer cuando Dios quiere,
Y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
Nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V.

Lombay, que siempre continuó la senda
Del amor y la glória,
Su vida pasó á história,
Y su história despues pasó á leyenda:
Y cuenta esta leyenda infortunada
Que el Marqués, para colmo de sus penas,
Partió á inhumar á la feraz Granada
Á la gran Reina, y respirando apénas,
En la muerta clavada
Por largo tiempo tuvo una mirada
Que le llevaba el frio hasta las venas;
Y horrorizado, y por el llanto ciego,

—Ya sólo lo que viva eternamente
Volveré á amar,—dijo Lombay; y luégo
Sus ojos que brillaban como el fuego
Se apagaron ante ella eternamente!

VI.

Y esperando el momento
De ir á más alto asiento,
Alzó entre el mundo y él un doble muro,
É hizo acopio de amor en un convento:
Mas ¿de que amor? de aquel.... del amor puro
Que busca el sacrificio y el tormento.
Fué monje y santo al fin; pero es lo cierto
Que le fueron siguiendo á todas horas
Aquellas ilusiones tentadoras
Que llevó San Jerónimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba,
Miéntras la sombra de Isabel adora,
Y su alma fiel, que por su amante llora,
De Dios esposa y del deber esclava,
La dicha del amor *que es de una hora*
La da por esa paz *que nunca acaba*.
Y en éxtasis de sueños inmortales,

Ignorando Lombay si sueña ó vela,
Se pierde, como un ángel cuando vuela,
En sueños infinitos é ideales,
Pues en el mundo real, si bien se mira,
Merced á la ilusion y á la memoria,
Solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh, novela inmortal, tu eres la história!

—Ya sólo lo que viva eternamente
Volveré á amar,—dijo Lombay; y luégo
Sus ojos que brillaban como el fuego
Se apagaron ante ella eternamente!

VI.

Y esperando el momento
De ir á más alto asiento,
Alzó entre el mundo y él un doble muro.
É hizo acopio de amor en un convento:
Mas ¿de qué amor? de aquel.... del amor puro
Que busca el sacrificio y el tormento.
Fué monje y santo al fin; pero es lo cierto
Que le fueron siguiendo á todas horas
Aquellas ilusiones tentadoras
Que llevó San Jerónimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba,
Miéntras la sombra de Isabel adora,
Y su alma fiel, que por su amante llora,
De Dios esposa y del deber esclava,
La dicha del amor *que es de una hora*
La da por esa paz *que nunca acaba.*
Y en éxtasis de sueños inmortales,

Ignorando Lombay si sueña ó vela,
Se pierde, como un ángel cuando vuela,
En sueños infinitos é ideales,
Pues en el mundo real, si bien se mira,
Merced á la ilusion y á la memoria,
Solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh, novela inmortal, tu eres la historia!

LOS CAMINOS DE LA DICHA

POEMA EN TRES CANTOS

LOS CAMINOS DE LA DICHA

CANTO PRIMERO

Carta de un tio paterno, dirigida á su sobrino el autor de este poema.

I.

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.
Návia es de Astúrias la region más bella,
Áun siendo Astúrias lo mejor de España;
Mas vete á descubrir á tierra extraña
De tu ambicion la misteriosa estrella:
Cual Mahoma, al llamar á la montaña,
«Pues no viene ella á tí, vé tú hácia ella.»

II.

Vete á Madrid y arroja las cadenas
Que te atan á los séres

Que desde niño con el alma quieres,
Y busca, en horas de entusiasmo llenas,
El fuego tentador de los placeres,
De la pasion las adorables penas,
El goce de la glória y las mujeres.

III.

No es el campo, sobrino,
La tierra en que germina la ventura
Del humano destino,
Aunque así lo asegura
Virgilio, que era un tierno campesino,
Con un talento igual á su ternura.
¿Quién en el campo á soportar se atreve
Los cambios incesantes
De la lluvia y la nieve,
Aunque nos juren ántes
Que cada vez que llueve
Hace el cielo una siembra de diamantes?
¡No hay suerte á la verdad más importuna
Que tengan que gozar desde la cuna
Nuestros sentidos, de placer sedientos,
La insípida fortuna

De ver y oir atentos
Un dia y mil, sin diferencia alguna,
Ruidos del mar, rumores de los vientos,
Rayos del sol, matices de la luna!

IV.

Miéntras á Dios le ruego
Que te dé su ventura,
Y en tanto que con mística ternura
Á su divina voluntad me entrego
(Pues en cosas de fé, segun el cura,
Para ver algo claro hay que ser ciego),
Tú aléjate contento
Y realiza el feliz presentimiento
Que en tu viril naturaleza fundo.
Ese pueblo de Návia es un convento;
Si tienes corazon y entendimiento,
Echa el mundo á un rincon y hazte otro mundo.
Para darte, sobrino, estos consejos
Tengo hoy motivos graves,
Pues he visto ayer tarde á los vencejos
Volar de cierto modo; y tú yá sabes
Que los augures viejos

El porvenir leian desde léjos
El vuelo interpretando de las aves.
Ten en mí confianza
Y afronta la ambicion con alma fuerte;
Así te evitarás la triste suerte
De ver, cual yo, pasar en lontananza
Despues de una esperanza, otra esperanza,
¡Y luégo otra! ¡Y luégo otra! ¡Hasta la muerte!

V.

Y miéntras corre la existencia mia
En ver cómo tu tia
El tiempo, el oro y la paciencia, gasta
En vestir de la iglesia los altares
(Imitando en lo buena y lo entusiasta
La esposa del cantar de los cantares
Furiosamente enamorada y casta),
Tú, parodiando en su aficion guerrera,
Y aunque sea tambien en lo hugonote,
Á tu tio Fabian, el calavera,
Que es más loco y maton que un Don Quijote,
Vete á ser gran artista, ó gran guerrero,
Con frente altiva y corazon entero,

Pues no hay cosa mejor que ver á un hombre
Cómo eleva su nombre
Á Pontífice, ó Rey, desde porquero.
Y aunque sé que en los campos hay momentos
En que templan del mundo los pesares
Rumores de las aguas y los vientos
Flores, aves, amores y cantares,
Quiero que tengas siempre en la memoria
Que, más que este placer, vale la glória
De sacar del olvido
Una raza, aunque noble, sin história.
Y cuando, ausente del paterno techo,
El cielo te depare honra y provecho,
Y la envidia, encubriendo sus rencores,
Grabe en letras de molde tus loores,
Tu tio los leerá más satisfecho
Que una niña que escucha desde el lecho
En la alta noche una cancion de amores.

VI.

¿La dicha de un lugar?... ¡Maldita sea!
Un sepulcro sin paz es cada aldea.
Estaba San Jerónimo en lo cierto

Cuando dijo una vez: «Roma, ó el desierto.»
Y aunque es mucha verdad que yo he sentido
Mil veces un placer desconocido
Cuando, al morir el sol en Occidente,
Se apaga todo ruido
Y se oye solamente
El himno de las aguas de la fuente,
La elegía sin fin del mar dormido,
Tú abandona los tiernos amorcillos
Á esos pechos sencillos
Que hasta encuentran un són que los recrea
En el ritmo invariable de los grillos
Que cantan en los prados de la aldea;
Y lleno de ilusiones,
Tén, sobrino, presente
Que del mundo en las múltiples regiones,
Sólo es vivir realmente
Cuando son nuestro pecho y nuestra mente
Un huracan de ideas y pasiones.

VII.

Y, pues me deja el sol, tambien te dejo.
¡Adios! que siendo de virtud espejo,

No aficiones jamás tu mano avara
Del oro y de la plata al vil manejo.
Fortuna grande y prónta es cosa rara,
Y, como dice un castellano viejo,
Nunca el Duero creció con agua clara.
En la pública escena
No adules para nada
La multitud que es ignorante y buena.
Con la frente serena
Defiende con tu lengua y con tu espada
La noble condicion de los Pompeyos;
Y, digno siempre de tu estirpe honrada,
No enrojezcas con ácidos plebeyos
La sangre de tu madre algo azulada.
Te mando esos cien duros. Hazte un traje
Que tenga mejor corte que los mios.
Es propio el buen vestir de un buen linaje.
No olvides que el más bueno de los tios
Es *Celedonio Campoamor*.—¡Buen viaje!

CANTO SEGUNDO

Carta de un tio materno, dirigida á su sobrino el autor de este poema.

I.

¿Me han dicho que te vas, y que nos dejas?
No lo quiero creer, mas, si te alejas,
En tu vida azarosa
Verás por cada jóven veinte viejas,
Y cien feas, ó más, por cada hermosa.
Tu espíritu anhelante
No encontrará en la tierra un sólo amigo,
Ni una mujer constante....
Hago mal en decir esto que digo
Pero, en fin, yá lo he dicho y adelante.

II.

¿Insistes en partir? ¡Ay! por lo visto,
Ébrio de amor, de glória y de riqueza,

Comienza á fermentar en tu cabeza
La fecunda ilusion de lo imprevisto.
Márchate pues; que miéntras tú emponzoñas
Tu corazon, que es bueno como el mio,
En el campo tu tio
Con pedazos de caña hará zampoñas;
Y siendo yá además tan buen creyente,
Como esas almas bellas
Que candorosamente
Llaman cielo al espacio y las estrellas,
Con sano corazon y pura mente
Entre mozas de bien y lugareños,
Compondré mi ventura fácilmente
Con flores y con luz, música y sueños.

III.

Ya sabrás en Madrid, si no lo sabes,
Que de mí se ha de hacer larga memoria
Al relatar los escritores graves
Las grandes niñerías de la histŏria:
Pues en la guerra han sido
Si mal reconocidos, muy sonados
Los golpes que yo he dado y recibido;

Aunque si he de ser franco, bien contados,
Son más los recibidos que los dados.
¡Oh término fatal de mi grandeza!
¿Á quién no causa risa la memoria
De un héroe á quien le rompen la cabeza?
Es un tratado de moral mi história:
Despues de mucho amor y mucha glória,
¿Qué he alcanzado? Este reuma y la pobreza.

IV.

Como yá en un rincon busco el reposo,
Á la pobreza y la virtud me atengo;
Y, puesto que es forzoso,
Despues que me he metido á virtuoso,
Desprecio mucho el oro que no tengo:
Pero, hablando cual suelo, vivo y claro,
Te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
Que hoy bebo de lo tinto solamente,
Yo que siempre he bebido de lo caro;
Y vuelvo á confesarte con franqueza
Que, en mi suerte variada,
Despues de haber gozado la riqueza,
No conozco una cosa más forzada

Que entrar en la virtud por la pobreza;
Y es que, tener dinero y ser soldado,
Sería un imposible realizado,
Como el milagro de tu tia Andrea
Que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy fea! Y tú no extrañes si atrevido
Hoy de tu tia el mérito rebaja
Un hombre como yo, que siempre ha sido
Soldado del amor hasta que, herido,
La fuerza de la edad le dió de baja;
Mas aunque yo en materia de placeres
Puedo jurar por Vénus y por Baco
Que excepto el vino, el juego y el tabaco,
No tuve más pasion que las mujeres,
Permíteme que escriba,
Aunque sé que te pesa,
Contra una lugareña tan altiva
Que, porque fué alcaldesa,
Se peina pelo arriba, pelo arriba,
Lo mismo que si fuese una duquesa.
¿No es natural que la paciencia pierda
Quien sabe que tu tia, aunque es tan lerda,
Domina á Celedonio de tal modo
Que bi-sexual, por imitarla en todo,

Se abrocha los botones á la izquierda?
Y es feliz, sin embargo, y yo te juro
Que ya vivir obscuro
Como tu tio Celedonio quiero,
Que, sin saber que hay guerras ni pan duro,
Recita de memoria á Horacio entero,
Y entre un mastin y su mujer, seguro,
Vejeta sin pasado y sin futuro,
Siendo de Enero á Enero
Feliz como los cerdos de Epicuro,
De los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V.

¡Qué vergüenza la mia!
Oye aparte una cosa reservada:
Al volver á esta pátria abandonada
Ha renacido en mí la ïdolatría
De una antígua pasion, tan adorada,
Que dí una vez por ella una estocada
Á un inglés muy grosero que bebia,
Lo mismo que si fuese una ambrosía,
Un fermento de lúpulo y cebada.

Y, pese á mis enormes desengaños,
Adoro, en cuanto es dable, con ahinco
Á esta hermosa mujer de treinta y cinco,
Que tenía cuarenta hace diez años.
¿Me casaré con ella? Si me caso
Será porque con maña paso á paso
Irá excitando la flaqueza mia
Con su austera virtud, coquetería
Con que Leonor enloquecia al Taso.
¡Cuántos héroes famosos
Acaban, como yo, por ser esposos
De mujeres cansadas
Que la suelen echar de desgraciadas
Despues de hacer á pares los dichosos!
Tal vez sea mi sino
Ser feliz, siendo bueno y candoroso,
Probando que es verdad el desatino
De que hacen vivir siglos á un esposo
La castidad, las sopas y el buen vino;
Y yá en mi Rubicon la suerte echada,
Imitaré en mi santo matrimonio
El cariño de Andrea y Celedonio
Que gozan de enramada en enramada,
Lo mismo que dos tórtolas dichosas,

La paz que hay en el seno de las cosas
Ántes que Dios las saque de la nada;
Y siguiendo sus huellas,
¿Quién sabe si, abjurando mis errores,
Volveré todavía á encontrar bellas
La ruda sencillez de los pastores,
Las ovejas, las aves y las flores,
La tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI.

¡Ah! si cual yo demente,
Tomas un dia estado,
Que te proteja Dios; mas tén presente
Que tienes que mandar, ó ser mandado,
Pues todo esposo bueno y obediente
Vive en la hoguera de Abraham tostado.
Y no eches en olvido
Que no falta marido
Que, al mes de ser dichoso,
¡Oh tentacion del fruto prohibido!
Quisiera ser de su querida esposo,
Volviendo á ser de su mujer querido.

VII.

¿Te vás al fin? Pues óyeme si quieres
Las reglas de moral que te aconsejo:
—«De jóven sé ateniense en los placeres,
Pues serás espartano en siendo viejo.
En lo real é ideal obra de modo
Que no choquen el alma y la materia.
Quien no aspira á ser nada, yá lo es todo.
No hay amor que resista á la miseria.
Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
Confía en tí primero y en tí luégo;
Si el creer demasiado es ser un ciego,
El no creer en nada es estar loco.
Sé flexible y tenaz como el acero.
Lavarse bien es la virtud suprema.
Hoy el tener ó no tener dinero
Es el ser ó no ser, es el problema.
No busques la constancia en las mujeres,
Y, si alguna te deja,
La volverás á conquistar, si quieres,
Colgándole un diamante en cada oreja.

Procura no encontrar en tu camino
Cierta clase de bellas
Que forman de la vida un remolino
En el cual todo muere, ménos ellas.
Desprecia lo que vá por lo que viene.
Todo negocio de mujer es malo.
¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
En una mano el pan y en otra el palo!
En fin, nunca camines
Por cuestas empinadas y escabrosas,
Pues sólo triunfarás cuando te inclines
Del lado de la fuerza de las cosas.»—

VIII.

¿Mis consejos te extrañan?
¿Qué quieres, hijo mio? Aunque te asombres,
Para mí yá los hombres
Sólo al decirme la verdad me engañan.
Siempre tendrás, ó pasarás por nécio,
Como el deber mayor de los deberes,
Para todos los hombres el desprecio,
Y afecto para todas las mujeres.
Yo, del mundo olvidado,

Pobre y desengañado,
Con el humor más negro,
Los desprecio yá tanto, que me alegro
De verme por los hombres despreciado.

IX.

Adios; no estrañarás que no te mande
Lo que nunca he tenido,
Porque yo siempre he sido,
En no tener un cuarto, Enrique el Grande.
Y como esto es notorio, y tan notorio,
Con mucho amor, y sin ningun dinero,
No te mando ni un real, pero te quiero.
En Luarca, á diez, *Fabian de Campoosorio.*

CANTO TERCERO

Carta del autor de este poema, dirigida á su sobrino D. Cayetano de Alvear y Ramirez de Arellano.

I.

Cayetano querido, ¿conque dices
Que en el mundo tú y yo somos felices?
Pues aunque tu alma de pesar destroce,
¡Oh prez de la española infantería!
Te juro por el Rey Alfonso Doce
Que no creo en tu dicha ni en la mia.

II.

Yo que en tiempos pasados
Dí mis pasos primeros
Por huertos que tenian alfombrados
Con arenas del Návia los senderos,
Recuerdo que, llorando sin consuelo,

—«No te vayas»—mi madre me decia,
Cuando dejé en mal dia
Aquel bello rincon del patrio suelo....
¡Ay, pobre madre mia,
Con cuánto desconsuelo
Y cuánta ingenuidad me prometia
Su voz la dicha, y su mirada el cielo!

III.

Mas la pátria dejé; y ántes que siga
La história de mis nuevos sinsabores,
Permite que en honor de mis amores,
Me seque estas dos lágrimas, y diga
Que mi tio Fabian en sus estados
Viviendo, como un tiempo los cruzados,
Lloró, casi vecino á la pobreza,
Su tiempo y su dinero malgastados,
En cuanto echó de ménos con tristeza
El vino de Jeréz de veinte grados
Que se sube volando á la cabeza;
Y, olvidado y sin glória,
Sintiendo, viejo yá, los sinsabores
De su variada história

Más que llena de amor, llena de amores,
Mi impenitente tio,
Probando, como siempre, junto á un rio
Su pasion por las bellas castellanas,
Una noche, pescando hasta la aurora,
Cogió con un salmon unas tercianas
Al lado de una jóven pescadora;
Y así una fiebre lenta
Puso fin á sus muchos desengaños
Por no tener en cuenta
Que el amor, que es un loco á los veinte años,
Es un nécio del todo á los sesenta.

IV.

Y, en cuanto al otro tio, que queria
Que hiciese yo, porque él nunca lo haria,
Como Dios otro mundo de la nada,
Con su vida feliz, algo anticuada,
Al lado, siempre al lado, de mi tia,
Insoportablemente virtuosa,
Se murió, para hacer alguna cosa,
Por no morirse de fastidio un dia;
Y ella despues, de su marido ausente,

Y llena por lo mismo de pesares,
Siendo esposa más fiel y más ardiente
Que aquella del cantar de los cantares,
Tambien murió otro dia
¡Mi generosa tia!
Que una vez con el aire más sencillo
Me dió un bolsillo en que guardar dinero,
Aunque nunca me dió su amor sincero
Dinero que guardar en el bolsillo.

V.

¡Sólo vivís en la memoria mia
Mis pobres tios y mi pobre tia!
¿Quién de aquí en adelante
Os nombrará con cariñoso acento,
Ahora que mi aliento
Se va apagando, instante por instante,
Como muere, estinguiéndose en el viento,
De un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adios, adios! ¡Aunque es un desconsuelo,
Yá vuestro nombre amado
Está tan olvidado
Como lo está el sepulcro que os encierra;

Pues nunca causan á los astros duelo
El que aflijan al suelo
Ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,
Así como no importan á la tierra
Las luces que se apagan en el cielo!

VI.

Te empezaba á decir, sobrino mio,
Que no hallando la dicha apetecida
Cuando seguí, como Fabian mi tio,
La izquierda del camino de la vida,
Con ciego desvarío
Mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
Pues hallando allí sombra, aquí vacío,
Por el lado del bien llegué al hastío,
Por la senda del mal corrí á la muerte.

VII.

Ignorando mi ciega desventura
Que hoy luce más que el sol del oro el brillo,

Y que, aunque el verlo es una cosa dura,
Dá más honor un real en el bolsillo
Que el llevar una espada á la cintura;
Yo con la fé de un ánimo sencillo,
Tuve ambicion, divinidad impura
Á quien detesto, al ver en torno mio
Fabricantes de leyes
Que despues de mandar á su albedrío,
Los augustos fastidios de cien reyes
No igualan todos juntos á su hastío;
Y agente vil de esta ambicion de un dia,
Con un pasar cercano á la pobreza,
Pensé en el oro; pero el alma mia
Aprendió en su dorada medianía
Que no siempre es alegre la riqueza
Ni siempre la miseria dá agonía.
¡No hay palacios sin algo de tristeza,
Ni chozas sin un poco de alegría!
¿Qué importa que las almas codiciosas
Tengan por verdadero
Que aquello que más vale es el dinero,
Porque compran con él todas las cosas,
Si, al hacer un exámen de conciencia,
Tengo el dolor profundo

De ver que, en el bazar de la esperiencia,
No compra todo el oro de este mundo
La paz de un sólo dia de inocencia?

VIII.

¡Ay! ¿y el amor? En el humano juego
Que es muy comun no ignoro
Probar por la mujer que el hombre es ciego,
Como se prueba el oro por el fuego
Y la mujer se prueba por el oro.
De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
De huir la accion, cuando impensadamente
La voz de una mujer que suena al paso
Se suele estar oyendo eternamente?
Yo al templo del amor corrí insensato
Cuando tenía apénas
La edad en que en las venas
La sangre juvenil toca á rebato;
Mas no me dió ventura
La suerte para mí siempre enemiga,
Ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
Pues ví con amargura

Que, así como el placer dá en la fatiga,
La abstencion del amor dá en la locura.

IX.

Y como es el humano sentimiento
Una gran coleccion de ecos dormidos
Á los cuales despierta en un momento
En el mundo inmortal del pensamiento
Cualquier cosa que llama á los sentidos,
Una mujer, un pájaro, un acento,
Admirado y sensible
Con sed inextinguible
Mudé de amor y cultivé las artes;
Mas bebí en todas partes
La eterna tentacion de lo imposible.

X.

Despues busqué el saber; mas tú no creas
En la base eternal de los derechos,
Pues, pese á las ideas,
Llevan el mundo á puntapiés los hechos.
No hay ciencias que no sean deleznables,

Pues, excepto la fé, que encuentra apoyo
Del cielo en los abismos insondables,
Solamente las piedras del arroyo
Pueden tener principios inmutables.
Yo con fé verdadera
Apuré del saber la ciencia entera,
¿Y qué he sabido al cabo?
Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
Lo que ve en su interior, eso ve fuera.
Nunca pude, rodeado de placeres,
Hacer de mis deberes sentimientos,
Porque á fuerza de penas y escarmientos
Troqué mis sentimientos en deberes;
Y es que los corazones
En las cosas humanas
Presumen ver lo real, viendo visiones,
Y los ojos, más que ojos, son ventanas
Donde á mirar se asoman las pasiones.

XI.

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mia?
Dudar y más dudar; tanto que temo
Que he de ser algun dia

Como Esquilo apedreado por blasfemo;
Y despues de dudar, no he hallado el modo
De desechar el tédio,
Pues en un mundo de ignorancia y lodo,
No cabiendo en la fé término medio,
Ó se cree todo, ó se desprecia todo.
¡Por eso, con el alma destrozada,
Trás una juventud desvanecida
Llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
Y en mi ánsia de saber indefinida
Buscando lo infinito de la vida,
Sólo hallé lo infinito de la nada!

XII.

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado.
El caminar por el izquierdo lado
Es igual á marchar por el derecho.
Para purgar la pena del pecado
Dios hizo así este mundo malhadado,
Y hay que tomarlo al fin como Él lo ha hecho.
Jamás dieron la paz á mi conciencia
Ni la ambicion, ni el arte, ni la ciencia,
Y corriendo de Oriente hácia Occidente

Ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente,
Pude alcanzar de la ventura el precio;
Y al bien y al mal, tambien indiferente,
Hasta me ví abrumado tristemente
Por mi propio desprecio,
Pues fuí bueno, y me hallaron inocente;
Quise ser malo, y me encontraron nécio.

XIII.

¡Ay! feliz el que olvida
Que en el mundo no hay dicha verdadera;
Y dichoso tambien el que en la vida
Sufre, llora y trabaja; pero espera!
¡Esperar! ¡Esperar! ¿Tendré la suerte
De encontrar la ventura apetecida,
Al librarme la muerte
De este abierto presidio de la vida?
¡Sí! ¡Sí! ¡La fé me llevará mañana
Á la inmortal Jerusalen divina,
Yá que no hallé la senda que encamina
Á la ciudad de la ventura humana!
Y, aunque la suerte aquí la espero en vano,
Si abajo hay una dicha como arriba,

Ruega á Dios, Cayetano,
Que, si no es un arcano,
En un término breve y perentorio
Alguna alma piadosa se lo escriba
Á Madrid, que es emporio
De todas las desdichas de este mundo,
Córtes, ocho, segundo,
Á Ramon Campoamor y Campoosorio.

LA MÚSICA

POEMA EN UN CANTO

Á Carmencita Roca de Togores y Aguirre Solarte

LA MÚSICA

I.

Responde, Carmencita encantadora:
Un pájaro que canta ¿ríe ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
Del ruiseñor que canta en la espesura,
Tú sonríes, tu hermana se divierte,
Tu madre os mira á entrambas con encanto;
Y pensamos, al són de un mismo canto,
Tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II.

¡Ay! ¿por qué ríes cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo

El que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
Reir á un niño y sollozar á un viejo!
Y es que, seguramente,
La Música es un hada complaciente
De nuestra dicha amiga,
Que dice solamente
Lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
Con más fé al corazon que á la cabeza,
Dando al triste tristeza,
Aumenta del contento la alegría;
Y por eso, al oirla, convertimos
La fria realidad en ilusiones;
Pues al recuerdo de sus buenos dias,
Ponen en cuanto oimos
Los ojos de nuestra alma sus visiones,
Nuestro oido interior sus armonías.

III.

Si, como todos vemos,
La Música despierta los sonidos
Que, desde el dia mismo en que nacemos,

Están en nuestro espíritu dormidos,
Tambien probarte intento
Que se lleva la Música la palma
En las artes que anima el sentimiento;
Que así como el estilo es el talento,
El metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
Pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
Todo el que canta, ó toca,
Si no ama en realidad, ama algun sueño:
Porque su mágia es tanta,
Que, aunque eres niña aún, yá habrás sentido
Que, envuelto en el sonido,
Hasta lo amargo del dolor encanta:
Y que la misma senectud que mira
Que cada nota una esperanza encierra,
Con inútil ardor ama y suspira,
Como alma juvenil que, ardiendo en ira,
En oyendo un clarin corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
Pues entónces tambien fuerza es que creas
Que, segun nuestras mismas sensaciones,
Cual los hechos imágenes de ideas,
Son las notas pedazos de pasiones;

Y que con fuerza virtual vibrando,
Y á la vida excitando,
Por el espacio va cada gorjeo
Como una vaga tentacion volando;
Y camina, y camina, murmurando
«¡Levántate, y anímate!» al deseo.

IV.

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
Que hoy se canta y que el aire se la lleva;
Y que luégo, mañana ó el otro dia,
Con nuevo ardor la misma melodía
La vuelve á repetir otra vez nueva;
Y así, en curso variable,
Cuanto nace, se espacia, se disuelve,
Y en giro interminable
Lo que del aire viene, al aire vuelve;
Y, en ráudo movimiento,
Se disipa en el viento
Lo que en el viento por amor vivia,
¡Ideas, armonías, sentimiento,
Flores, músicas, luz y poesía!

V.

Como en cosas de amar yo lo sé todo,
Sé bien que en esta vida
Jamás será perdida
La que cierre el oido á piedra y lodo.
¡El oido, el oido! Ahí se esconde
El gran traidor que al corazon entrega;
Él es la senda criminal por donde
Desde fuera el amor al alma llega.
Por él arrobadores los sonidos
En ardiente emocion, ó en dulce calma,
Despues de electrizarnos los sentidos,
Arrastran los sentidos hasta el alma:
Y por él, en amante devaneo,
Desde el salto de Léucade, el deseo
Se arroja al mar para templar sus penas,
Escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorgeo
Con que á Sáffo llamaron las Sirenas.
¡Cierra, cierra el oido,
Y tén por cosa cierta
Que es del amor el tentador sentido,

Y que siempre á la voz de un sér querido
Abre nuestra alma á la traicion la puerta!

VI.

¡Cármen, perdon! Mi confusion es tanta,
Que yá olvidé mi tema.
Dime otra vez: ¿será siempre un problema
Saber si llora un pájaro que canta?
Y aunque es lo más sencillo
El pensar que ese tierno pajarillo,
En medio de su risa ó de su lloro,
Cantará eternamente el estribillo
De la eterna cancion del «yo te adoro,»
Lo cierto es que su canto
Te vuelve más festiva;
Que tu madre entre tanto
Ruega á Dios por tu dicha pensativa;
Miéntras tu padre, á tan graciosos sones,
Excitado en sus graves pensamientos,
Yá siente una avalancha de emociones,
Y un vértigo ideal de sentimientos;
Y, presagiando amores,
Más bella que la luz de la mañana,

Entona melodías interiores
Con más afan que el ruiseñor tu hermana.
¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
Desde que allá en mi aldea
Tocaba siendo niño la campana
En las horas del sueño,
Y á las gentes sencillas
Las obligaba con pueril empeño
Á orar puestas en cruz y de rodillas,
Sé que hay sones inciertos
Que forman la cadena prodigiosa
Que enlaza con ternura misteriosa
Las almas de los vivos y los muertos.
Y por esto, ese canto me convida
Á que recuerde el fúnebre misterio
De otra ave dolorida
Que oyó mi alma, de dolor transida,
Cantar en un ciprés del cementerio
Donde yace la madre de mi vida!

VII.

¡Mas perdona otra vez la pena mia!
Yo adoro como tú, niña hechicera,

Con ciega idolatría
La música que presta lisonjera
El ritmo, que es la vida verdadera,
Á su hermana mayor la Poesía.
Siempre al idioma la cancion supera;
Y así te lo dirán, si les preguntas,
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
Pues, del sonido la espresion esclava,
Al ir la frase y la armonía juntas,
Lo que la frase empieza, el són lo acaba.
Y te dirán que el arte soberano
Que llena de delicia
La escala toda del concierto humano
Desde el tango sensual de la Nigricia
Hasta el són funeral del canto llano,
Agotadas las frases, con su acento
Nuestra ilusion á lo sublime eleva,
Y yá extinguida la palabra, lleva
La Música hasta el alma el sentimiento.
Y ellos, en fin, te seguirán contando
Que al arte natural sobrepasando
Del génio artificial las filigranas,
Hoy remedan los pájaros cantando
Las dulces melodías italianas;

Y que despues que oyeron los primores
De las *Normas*, *Lucías* y *Barberos*,
Creció la afinacion en los jilgueros
Y gorjean mejor los ruiseñores.

VIII.

Es el mundo sensible
Un conjunto de notas armoniosas,
Desde el ruido ondulante y apacible
Que forman al volar las mariposas,
Hasta el ritmo visible
De la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
Himnos sin forma, é informes elegías,
Para el que sabe oir lo que Dios canta
El orbe es un compuesto de armonías;
Siendo en los campos, para todo el que ama,
Un arpa cada rama
Al ponerse en confuso movimiento
Las notas disconformes que derrama
Todo árbol agitado por el viento;
Y el mar, esa otra música infinita
Que el curso entero del sonido imita

Desde el canto guerrero hasta la endecha,
Remeda sin cesar, murmure ó truene,
La rugiente pasion la ola que viene,
La ola que vá nuestra ánsia satisfecha!

IX.

Bendecida y bendita
La armonia, es el alma que palpita
En toda accion, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
La Música es la voz de lo infinito!
Ella á la pobre humanidad hechiza,
Triste, alegre, marcial ó juguetona,
Y el amor del hogar inmortaliza,
Pues, en no escrita tradicion, entona
La cancion siempre igual y monotona
De la abuela, la madre y la nodriza!

X.

¡Glória y honor al arte placentero
Que, embriagando las almas de ternura,
Hace del mundo entero

El espejo más fiel y verdadero
De una casa de locos sin locura!
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
Alegrando al infierno,
Mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
Se desvanezca en el silencio eterno!
¿Qué importa que tu númen vagaroso
Prometa un ideal que no se alcanza,
Si, lo que hay de más real y delicioso,
Áun esperando el cielo, es la esperanza?
¿Qué importa que las dulces emociones
Que despiertan tus cantos halagüeños
Sean sólo visiones de unos sueños,
Ó más cierto, visiones de visiones,
Si siempre en este mundo
Vivirémos soñando
Y estarémos ilusos descifrando
El problema fatal de Sejismundo?

XI.

¿Y el sol en dónde está? Pero, ¡qué miro!
Yá las tinieblas al silencio llaman.
Bien dicen los que te aman,

Que á tu lado la vida es un suspiro.
Y yá que hermosamente
Se agrandan para ver tus bellos ojos,
Pues yá el sol, como un rey, en Occidente
Se envuelve, al destronarse, en mantos rojos;
Mantos de luz que, al acabarse el dia,
Sólo las cumbres de los montes doran,
Partamos pues. Yá te diré otro dia
Si, expresando su pena ó su alegría,
Las aves, al cantar, cantan ó lloran.
Y pues, yá triste, de la luz la ausencia
Trae la sombra, y con la sombra el luto,
Y reina la elocuencia
Del silencio absoluto,
Que es la nota en que grita la conciencia,
Marchemos yá: ¿qué esperas?
Vé en la humedad de mi marchita frente
Cómo el aire, al pasar por las praderas,
Se impregna dulcemente
De un lánguido vapor de adormideras;
Y cómo, al confundir todos los ruidos,
En vago remolino nebuloso
Va dejando el crepúsculo en reposo
Pájaros, luz, esencias y sonidos!

XII.

Pues se va el ruiseñor y el dia parte,
Tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
Como dice la frase castellana,
Marchemos con la música á otra parte
Para seguir pensando hoy y mañana,
Tu padre en los problemas de la história,
Tu madre en vuestra suerte,
Tú en la fé y en la glória,
Tu hermana en el amor y yo en la muerte.
Pero al decirte adios, niña querida,
Déjame que primero
Te diga veinte veces que te quiero
Y te querré miéntras que tenga vida,
Pues que serás espero,
Además de alabada en mis cantares,
Adorada por bella y virtuosa,
En el mundo primero como hermosa
Y despues como santa en los altares.

EL TROMPO Y LA MUÑECA

POEMA EN UN CANTO

Al niño Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós

EL TROMPO Y LA MUÑECA

I.

Que no quiero, te digo.
¿Cómo hoy al trompo ha de jugar contigo
El que yá de su edad perdió la cuenta?
¿Quieres que caiga en la pueril afrenta
De Caton el austero
Que aprendia á bailar á los sesenta?
Te digo que no quiero, y que no quiero.

II.

¡Salud, salud, memorias candorosas
De mi antigua inocencia!
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! Grandes cosas!
¡Las más grandes tal vez de la existencia!

¡Oh, memoria feliz de mi pasado!
¡Tu trompo, niño hermoso, me convida
Á recordar, de pena traspasado,
Los muchos séres que en la tierra he amado
Y que sólo he de ver en la otra vida!

III.

Pues, como iba diciendo,
Guarda ese trompo, niño, porque entiendo
Que lo que vale un trompo bien guardado,
Lo has de saber mañana
Despues que haya pasado
El tiempo que echarás por la ventana.
Yá verás, yá verás bien claramente
Que es sólo afortunado
El hombre que, inocente,
Procura en lo pasado
Encontrar la razon de lo presente.
Y, por si no lo crees, oye una história
Que, á más de cuarenta años de distancia,
Aún trae á mi memoria
Así como un recuerdo de mi infancia.
Tan sólo temo que, de juicio falto,

Me oigas hablar sin atencion alguna:
¿Qué escucharás? Pues bien, ponte más alto:
Súbete á mis rodillas: ¡á la una!....
¡Á las dos!.... ¡á las tres!.... ¡á las....! ¡buen salto!
¡Estos niños son ángeles traviesos
Que en vez de tener alas tienen huesos!
¡Ay! como tú, cuando iba yo á la escuela,
Por subir al regazo que adoraba
De mi madre ó mi abuela,
No saltaba, volaba,
Pues todo el mundo sabe
Que la niñez, ligera como un ave,
Cuando anda, salta, y, cuando salta, vuela!

IV.

Con que empiezo mi história, y oye atento:
—Sin la sonrisa de sus buenos dias,
Alicia, la heroina de mi cuento,
Con la hiel de su propio pensamiento
Se ocupa en amargar sus alegrías.
Y conforme es mayor su desconsuelo,
Más en la fé de su ilusion se aferra,
Pues ella es de esas almas que, en su vuelo,

En vez de gravitar hácia la tierra,
Parece que gravitan hácia el cielo.
Fué Alicia el pasmo de la villa toda
Cuando era yo muy jóven todavía,
Y recuerdo que un dia
Puso en Madrid las pálidas en moda.
Mas ¡ay! ¡tuvo un marido
Que aunque no la olvidó, la echó en olvido!
Casada de los piés á la cabeza,
Quiso á su esposo con ardor profundo,
Y pagó, como muchas, en el mundo
Horas de amor con siglos de tristeza.

V.

De esta madre infeliz es el tesoro
Una niña pequeña,
Á cuya cara, por demás risueña,
Sirven de marco unos cabellos de oro.
Cara infantil, trasunto de los cielos,
Donde lucir se ven tres maravillas,
Pues tiene, cual la tuya, tres hoyuelos,
Uno en la barba y dos en las mejillas;
Mejillas ruborosas

Que hacen pensar con júbilo á la gente
Que, el que las tiene, come solamente,
Como la Vénus de Schiavone, rosas.
Y á riesgo de espantar doctos oidos,
Añado que Rebeca, sin disputa,
Aunque tiene siete años, no cumplidos,
Es, como un viejo cardenal, astuta.
Calcula por los dedos de la mano;
No hay fábula moral que ella no entienda;
Y hasta sabe que un niño, que es su hermano,
Se lo compró su madre en una tienda.
Y contando además cuentos extraños
Con voz que es una música inefable
(Porque no hay sinfonía comparable
Al són de una alegría de siete años),
Disipa enternecida
De su madre las penas.
¡Toda niña, al nacer, trae aprendida
La cancion que cantaban las sirenas!

VI.

Cuando Alicia, la madre sin ventura,
Vió amontonarse sobre su alma pura

Engaños sobre engaños,
Se resignó á morir sin calentura,
Que es la muerte senil á los treinta años.
Tendida sobre el lecho,
Al siniestro fulgor de una luz mate
Que oscila en la pared y alumbra el techo,
De Alicia el corazon con ánsia late
Cual si fuera á saltársele del pecho.
Teniendo en su cabeza de esqueleto
Una gorra de loca,
Y oyendo á un cura, que la exhorta inquieto,
Se sonrie la infiel con media boca,
Dudando entre la burla y el respeto.
¿No es verdad, niño hermoso,
Que el hecho escandaliza?
No temas el ejemplo. Esto horroriza,
Y aquello que dá horror no es peligroso.

VII.

Yá he dicho en otra parte, y lo repito,
Que si no se halla el corazon contrito,
Toda la humana ciencia es cosa poca

Para templar el ánsia de una boca
Abrasada con sed de lo infinito:
Y así, como es tan vano,
Cuando no hay fé, todo consuelo humano,
El corazon de Alicia, de ira lleno,
Como un puñal indiano
Empapó su mirada de veneno,
Y con un gesto frio de amargura,
Con ojos fijos y los lábios mudos,
Despidió al pobre cura
Haciéndole el menor de los saludos.
Y el sacerdote, el corazon sintiendo
Traspasado con flechas de ironía,
De la alcoba saliendo,
La frente señaló como diciendo:
—Por allí no anda el juicio todavía.—
Y Alicia, en tanto, con el cuerpo inerte
Los ojos apartó de un Crucifijo,
Y, resignada á su implacable suerte,
Con más suspiros que palabras, dijo:
—¡Marchemos al encuentro de la muerte!—
¡Oh, Alicia sin ventura,
Á qué terrible estado
La arrastró el ideal de su ternura!

¡Bien dice la Escritura,
Que la muerte es la pena del pecado!

VIII.

Mas ¡oh resurreccion inesperada!
Pero, ántes que de Alicia cuente nada,
Te diré que Rebeca
Heredó de su madre una muñeca,
Y que, haciendo con ella de persona,
Crece, piensa, compara y reflexiona;
Muñeca, en fin, para la cual cosia
Un traje cada dia,
Y á quien daba á comer un guiso nuevo
En unas tazas que la niña hacía
De unos trozos de cáscara de huevo:
¡Guisos y tazas ¡ay! que aún son mi encanto,
Pues me hacen recordar, bañado en llanto,
Ciertas tortas de pan, que ella amasaba,
Y que, feliz cual yo, me regalaba
Mi nodriza en los dias de mi santo!
¿Por qué, por qué nunca echará en olvido
Memorias tan dichosas

Mi espíritu, yá medio sumergido
En esa paz inmensa de las cosas?...

IX.

Mas yá el hilo perdí de nuestro cuento.
¿Estábamos?... Es cierto; en el momento
En que, hablando de Alicia á la muñeca
Con su voz argentina,
Iba muy pronto á parecer Rebeca
Ciceron flagelando á Catilina.
Pues al morir la madre, tristemente
Habla la niña á su muñeca, enfrente
De un espejo tan claro como extenso,
Que recuerda por limpio y por lo inmenso
Los tiempos fabulosos del Oriente:
Y merced á un reflejo
De la pálida luz que dá en Rebeca,
Le enseña á Alicia en ideal bosquejo
La imágen de la niña y la muñeca
El ángulo visual en el espejo;
Y como yá Rebeca comprendia
Si su madre creia ó no creia
(Pues las niñas curiosas

Tienen noticias ciertas,
Y aprenden muchas cosas
Cuando andan escuchando por las puertas),
Con lábio purpurino,
Meciendo á su muñeca, le decia:
—¡Pide al cielo, hija mia,
Que Dios vuelva á mi madre al buen camino!—
¿Te burlas del candor de la inocente?
Yo tambien, niño mio,
Viendo á Rebeca hablar tan sériamente,
Teniendo ganas de llorar, me rio.

X.

Miéntras la niña, del espejo enfrente,
Esta infantil catilinaria dice,
La madre, de reojo, dulcemente
La mira, la acaricia y la bendice;
Y recordando en el momento mismo
Que vió algun dia cual fulgente estrella,
En el espejo aquel la niña aquella
Antes de ir á la pila del bautismo,
Recobrando el candor de la existencia,

Se enternece, suspira,
Y, admirada de ver tanta inocencia,
Manda un beso al espejo en que la mira;
Y las cosas más tiernas y sencillas
De sus dias primeros recordando,
De aquel cuadro infantil saltan, volando,
Recuerdos, como alegres avecillas;
Y pensando en su madre, llora, y luégo
Al calor de sus dias de inocencia
Se ablanda poco á poco su conciencia
Cual cede el hierro de la fragua al fuego.
Y, puesta sobre el lecho de rodillas,
Gritando con fervor—¡perdon, Dios mio!—
Su frente se empapó de un sudor frio
Que resbaló despues por sus mejillas.
Y al ver que, yá sensible á sus deberes,
Alicia mira al cielo,
La niña, que, cual todas las mujeres,
Sabe á fondo la ciencia del consuelo,
La abraza alborozada,
Y, á su madre abrazada,
Rebeca parecia
Un ángel que, radiante de alegría,
Presenta á Dios un alma extraviada!

XI.

¡Lo que son los destinos!
De Alicia descreida y virtuosa,
La muñeca fué el hada misteriosa
Que á sus pasos abrió santos caminos;
Pues por ella, al final de su existencia,
Con la bondad del alma de una santa,
Juntando el buen humor á la inocencia,
Y uniendo lo que alegra á lo que encanta,
Volvió á beber las aguas cristalinas
De la inocencia de la edad primera,
Lo mismo que se van las golondrinas
Á buscar una nueva Primavera;
Y satisfecha yá, fué Dios su guía;
Y yá inocente, recobró la calma;
Que es la inocencia la salud del alma,
Y es la salud del cuerpo la alegría.
Y olvidando sus males,
Volvió á reconquistar desde aquel dia
La religion, la gracia y la energía,
Potencias invencibles é inmortales;
Y recordando con filial ternura

Los dioses lares de su hogar paterno,
Tornó Alicia á adorar con alma pura
Al Sér vivo, absoluto, uno y eterno,
Fé, esperanza, verdad, bien y hermosura.

XII.

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,
Cuán útil puede ser á la conciencia
Un trompo como el tuyo bien guardado?
¿No ves, por experiencia,
Que un juguete infantil desenterrado
Puede ser una ciencia
Que enseñe á desandar lo mal andado,
Y á recordar los dias de inocencia
Uniendo lo presente á lo pasado?
¡Yá ves cómo á toda alma descreida
Del alto cielo la clemencia alcanza,
Y que en trompo ó muñeca convertida,
En todos los naufragios de la vida
Echa el cielo el tablon de una esperanza!
¡Yá ves cómo un juguete que se deja
Y que á encontrar se vuelve casualmente,
Hace que Alicia vieja, y yá muy vieja,

Torne á ser inocente;
Y que, pensando yá cómo refleja
Sus objetos el agua de la fuente,
Con sus sentidos y potencias todas,
Turbios los ojos y las manos secas,
Toma el pretexto de ensayar las modas
Para jugar, yá anciana, á las muñecas;
Y al olvidar sus muchos desengaños,
Aunque vieja, muy vieja
Viviendo se asemeja
Á una niña, muy niña, de cien años.
Saber envejecer! Esta es la ciencia
¡Que yo con más ardor al cielo pido,
Ahora que se extingue mi existencia
Primero entre las brumas de la ausencia,
Y despues en la noche del olvido!
¡La fé en la ancianidad, son los favores
Que pedirán al cielo tus dolores
Cuando hayas aprendido
En tu vida precaria
Que á más de un receptáculo de horrores
La tierra es una tumba solitaria
Sobre la cual derrama sus fulgores
El sol como una antorcha funeraria!

XIII.

Pero ¡ay! olvida, olvida
Este final tan lúgubre y sangriento,
Pues sé, por mi desgracia y mi escarmiento,
Que es un gran mal el conocer la vida.—
Y, pues llegó á su término mi cuento,
Aunque es, por su fortuna,
Poco ménos que ocioso
Aconsejar al que, cual tú, dichoso,
La ciencia y la virtud halló en su cuna,
Oye un consejo y deja que te abrace:
Sé leal á la glória de tu nombre,
Pues la mayor traicion es ser el hombre
Desertor de las filas en que nace.
No olvidando esta história,
Y guardando ese trompo y siendo bueno,
Seguirás por la senda de la glória
Que te trazó con su inmortal memoria
Tu ilustre abuelo, de modestia lleno. (1)
Aprende bien que *obliga la nobleza*,

(1) Don Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.

Y Dios te lo demande
Si no imitas con ciencia y con firmeza
La rectitud, la glória y la entereza
De aquel á quien su pátria le hizo grande
Y que fué superior á su grandeza.

XIV.

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!
Toma un beso, y adios, que estoy de prisa.
Que dure eternamente en tu semblante
La bella obstinacion de tu sonrisa.
Y, en prueba de lo mucho que te adoro,
¡Ruego al cielo que, alegre y sin hastío,
No tengas que llorar, como yo lloro,
Penas sin causa en horas de vacío;
Y que las Parcas hilen, hijo mio,
El hilo de tu vida en husos de oro!

LA LIRA ROTA

POEMA EN UN CANTO

A mi buena amiga Anita Canalejas y Morayta

LA LIRA ROTA

Unas veces te *dejará Dios*, y otras te *perseguirá el prójimo*, y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de ti mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningun remedio ni consuelo.

KEMPIS, lib. II, cap. XII.

I.

Era Ginés Briones
Un amante de Euterpe y de Talía,
Que cantaba canciones
De un subido color, que él no entendia.
Con la fé de un artista verdadero,
Entró á servir á un músico de orquesta,
Al cual, con todo esmero,
En los dias de fiesta
Le limpiaba el trombon con un plumero.
Pasó á aprendiz de monaguillo á poco;
Y llegando á ser luégo

Lazarillo de ciego,
Le dió un duro una vez cierto inglés loco,
Y al fin de muchos tratos y contratos,
Compró el ex-monaguillo
Á un quinto aragonés un guitarrillo
Por diez reales, un pan y unos zapatos.

II.

Dueño yá del endeble guitarrillo,
Coleccionó las coplas que sabía,
Y, remedando al ciego, el lazarillo
Pudo ascender á ciego que veia.
Y cierto el rapazuelo de que encanta
Con las coplas que inventa,
Aunque á las viejas pérfidas espanta
Por no saber á veces darse cuenta
De la sal y pimienta
Que tienen las canciones que les canta,
Punteando por las calles de la villa,
Con aires de buen mozo provinciano,
Era el niño Ginés, el sevillano,
Un pequeño barbero de Sevilla.

III.

Nació en la tierra del amor emporio,
Pátria del gran Tenorio,
De quien dicen que un dia,
Para aliviar sus penas,
Mandó hacer de las rubias que queria
Una manta de rizos, que tendia
Sobre un colchon de bucles de morenas;
Y alumno fiel de su inmortal paisano,
Ginés el sevillano,
Siendo un tipo acabado de inocencia,
En los doce ó trece años que tenía
Yá era un sér tan precoz, que parecia
Que contaba catorce de experiencia,
Pues haciéndose el loco,
Y así como al descuïdo,
Para hablar á las niñas al oido
Se acercaba lo justo y otro poco.

IV.

Y su ingénio era tal, que es muy posible
Que fuese un dia un músico perfecto,
Á no tener ese vulgar defecto
De abusar del bordon en lo sensible,
Pues, agudo y flexible,
En los muchos cantares
Que solia inventar, ó que aprendia,
Cantaba alegremente sus pesares;
Y otras veces, uniendo con destreza
La pena y la alegría,
Como buen andaluz, tambien sabía
Cantar sus alegrías con tristeza.
Y, aunque no sin sonrojo,
Sabiendo yá que el suspirar consuela,
Fiel de Don Juan á la amorosa escuela,
Tenía Ginesillo el bello antojo
De alabar en sus coplas inocentes
Diez rubias, de diez rubios diferentes,
Desde el rubio castaño al rubio rojo;

Y como era tan pobre ó más que Homero,
De estas diez parroquianas que tenía
El músico y poeta callejero,
En premio de sus coplas, recibia
Ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

V.

Cantaba el niño una cancion un dia
Á la divina Clara,
Una rubia preciosa que tenía
El corazon más bello que la cara;
Y miéntras él la copla repetia,
Alegre como un loco,
La niña el canto oia
Distraida, arrancando poco á poco
Las hojas de una flor que se comia;
¡Distraccion natural! pues siempre encantan
Esos tonos suaves,
Tan llenos de ternura,
Del género melódico en que cantan
Los hombres sin ventura,
Las mujeres, los niños y las aves!

VI.

En tanto que él cantaba,
Puesta al balcon la jóven hechicera,
En un fondo de luz se destacaba,
Y Ginés, que, cantando, suspiraba,
No sabía siquiera
La cancion que entonaba,
Admirado de ver que la niña era
Lo más bello del cielo que miraba.
Y él abajo, ella arriba,
Miéntras él, siempre vivo y siempre amando,
Esta tierna cancion sigue entonando,
Ella, mucho más viva,
Se parece á Rosina contemplando
Á un esbozo de Conde de Almaviva:

«Está tu imágen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.»

VII.

¡Oh extrañas peripécias de la vida!
Escuchando al cantor, agradecida
Clara un suspiro de placer exhala,
Y, de gozo aturdida,
Una gruesa moneda le regala,
Que arroja del balcon, con tan mal arte,
Que la moneda *¡chas!* como una bala
La guitarra pasó de parte á parte.
Á este horror, el poeta callejero
Creyó que en un abismo
Sus piés se hundian, y que al tiempo mismo
Caia roto el Universo entero.
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota
Que no se hundió bajo sus piés el suelo,
Y que, á pesar de su guitarra rota,
No se cuarteó la bóveda del cielo.

VIII.

Al rumor del fracaso, en un momento
Se vió la calle de curiosos llena:

La moneda al caer la hurtó un hambriento,
Y uniendo el buen humor al sentimiento,
En tanto que Ginés muere de pena,
El público le silba de contento.
¡Oh ruin placer de la desdicha ajena!
La envidia es la polilla del talento.

IX.

Renunciando á las artes con trabajo,
Ginés la silba colosal oia,
Y altivo, aunque un poquito cabizbajo,
Las cejas con la gorra se cubria;
Y echando calle abajo, calle abajo,
Con ganas de llorar se sonreia,
Miéntras que tristemente,
Aquella pobre Clara que, inocente,
Por hacer un favor mató un destino,
Con el mudo terror de un asesino
Se espantó de manera
Que, de haber sido buena, arrepentida,
Dejó el balcon, cerrando la vidriera,
Más pálida que Bruto el parricida.

X.

Así, con vário estruendo
Se fueron dispersando,
El público riendo,
El trovador gimiendo,
Y la hermosura del balcon llorando.

XI.

Aunque en su erguido talle
Aún mostraba el orgullo de un Tenorio,
Ginés dobló la esquina de una calle
Para hüir de la burla de las gentes,
Pues en el gran Madrid, como es notorio,
Una esquina es un cabo ó promontorio
Que divide dos mares diferentes.
Detuvo allí sus vacilantes pasos,
Y pensó en su destino venidero
Dos minutos escasos,
Dos minutos, esto es, un siglo entero;

Y al verse sin su industria y sin dinero,
Lloró, como lo que era, como un niño;
Y volviendo hácia el cielo la mirada,
Yá olvidando la silba y la moneda,
Tan sólo recordó su alma angustiada
De su madre el cariño
Y el amor de su pátria abandonada.
¡Pátria querida! ¡Madre idolatrada!
Si nos faltais vosotras, ¿qué nos queda?
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

XII.

Y salió de Madrid. Y con denuedo
El roto guitarrillo lanzó al rio
Desde lo alto del puente de Toledo;
Y arrostrando con brio,
La soledad y el miedo,
La sed y el hambre, y el calor y el frio,
Se fué á Sevilla á pié, como un cualquiera,
Pues, no teniendo un real su faltriquera,
Claramente discurro
Que no iria á su pátria, aunque quisiera,
Como el rey de Ivetot, montado en burro.

Y así, marchando hácia el paterno suelo,
Todos los males de la vida prueba,
Sin que le guarde del rigor del hielo
La chaqueta prehistórica que lleva,
Chaqueta que su madre le hizo nueva
De un trozo de una capa de su abuelo.
¡Sigue, Ginés, camina resignado,
Y rinde al peso del dolor tus bríos!
Para vencer todo el rigor del hado,
¿Qué valen tus esfuerzos ni los mios,
Cuando un grano de arena, atravesado,
Puede torcer el curso de los rios?

XIII.

¡Con cuánto desaliento
Á su pátria volvia
El que en algun momento,
Cuando el redoble del tambor oia,
Soñaba, en su ilusion, que llegaria
Á músico mayor de un regimiento!
¡Ay! ¡Con cuánta agonía,
El que aspiró á ser dios de la armonía,

Renuncia yá á la nécia vanaglória
De pensar que algun dia
Le nombráran los fastos de la história!
¡El pobre no sabía
Que, al revés de ese sol del Mediodía,
El gran sol de la glória
Quema de léjos y de cerca enfria!

XIV.

Como nadie le daba
Los dulces y el dinero que ganaba
Cuando echaba sus coplas á las niñas,
En Castilla y la Mancha merodeaba
Comiéndose las uvas que pillaba
Á espaldas de los guardas de las viñas.
¡Cuántos séres sentian ó pensaban,
Y sus viles harapos contemplaban,
Contra él inícuos su furor volvian;
Los niños le silbaban,
Los viejos se reian,
Los perros, que ántes sólo le ladraban,

Yá, al pasar por las eras, le mordian!
¡Confiesa, Ana, que aterra
El ver á un niño en tan inmenso duelo!
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
Quitan las ganas de mirar al cielo?

XV.

Y en el supremo dia
En que el suelo feráz de Andalucía
Á contemplar volvió por vez primera,
Se sintió tan feliz, que, de alegría,
El jóven trovador, se comeria
Una hogaza de pan, si la tuviera.
Pero á falta de pan, el pobrecito,
Merodeando tambien como en Castilla,
Comia, cual si fuesen pan bendito,
En Córdoba cogollos de palmito,
É higos chumbos bajando hácia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
—¡Sevilla, pátria mia!—
Pero, apénas habia
En el recinto de Sevilla entrado,

Cuando Ginés, exánime y gozoso,
Se cayó desmayado.
¡Está bien castigado
Ese artista ambicioso
Que pretendia amar y ser amado,
Tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI.

Llevado al hospital, y satisfecho
Cual Neron moribundo,
Pensó al caer sobre el jergon de un lecho:
«¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!»
Y en la cama *ciento once* abandonado,
Puesto á dieta, aunque hambriento,
Se murió dulcemente y resignado
Lo mismo que un pichon sin alimento;
Y despues de una autópsia inoportuna
Que se le hizo á Ginés el sevillano,
Declaró un cirujano
Que se murió sin novedad alguna.
Y al difunto *ciento once*, al otro dia,
Sin inquirir el nombre que tendria,

Las entrañas abiertas le juntaron,
Y envuelto en los andrajos que traia,
Por quitarle de enmedio, le enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambicion desvanecida!
¡Qué alegre es la existencia á la subida!
Y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...
Despues, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII.

—Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva:
—Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno?—
El Dios tierno, hija mia, está allá arriba,
Sentado á la derecha del Eterno;
Y vive convencida
De que, si ha puesto su paciencia á prueba,
Tendrá la recompensa merecida,
Y que al pobre Ginés en la otra vida
Le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu afliccion, y ten presente
Que entre el cielo y la tierra hay un abismo,

Que no suele hacer Dios lo que consiente,
Y que es comun, desventuradamente,
Que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo,
Más que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!...

NUEVAS DOLORAS

LA CONDICION

Al regresar del otero,
lleno de gozo y cariño
les dió á una niña y un niño
dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,
la niña al suyo soltó;
al pájaro que quedó
no se le pudo soltar,
porque el niño, por jugar,
el cuello le retorció.



¡Yá no tengo esperanza
de que acabe jamás la pena mia,
pues al perder en tí mi confianza
no he perdido el amor que te tenía!

LA NOCHE-BUENA

I.

Son hija y madre; y las dos
Con frio, con hambre y pena,
Piden en la Noche-Buena
Una limosna por Dios.

II.

—Hoy los ángeles querrán—
La madre á su hija decia,
—Que comamos, hija mia,
Por ser Noche-Buena, pan.—

III.

Y al anuncio de tal fiesta,
Abre la madre el regazo,
Y sobre él á aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.

IV.

Al pié de un farol sentada,
Pide por amor de Dios....
Y pasa uno.... y pasan dos....
Mas ninguno le dá nada.

V.

La niña con triste acento
—Pero ¿y nuestro pan?—decia,
—Yá llega—le respondia
La madre.... y ¡llegaba el viento!

VI.

Miéntras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentio,
La niña llora de frio,
La madre pide llorando.

VII.

Cuando, otra pobre como ella,
Una moneda le echó,
Recordando que perdió,
Otra niña como aquella,

VIII.

—Yá nuestro pan ha venido—
Gritó la madre extasiada....
Mas la niña quedó echada,
Como un pájaro en su nido.

IX.

¡Llama.... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay yá que la despierte:
Duerme; está helando, y la muerte
Sólo es un sueño con frio!

X.

La toca. Al verla tan yerta,
Se alza; hácia la luz la atrae,
Se espanta, vacila.... y cae
Á plomo la niña muerta.

XI.

¡Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta!...
Y en tanto un dichoso canta:
—¡Esta noche es Noche-Buena!...

LA LEY DEL EMBUDO

De su honor, en menoscabo,
Faltó un esposo á su esposa;
Ella perdonó amorosa
Y el público dijo: —¡Bravo!
Faltó la mujer al cabo,
Harta de tanto desdén,
Y el falso esposo ¿tambien
Perdonó á la esposa? Nó:
El esposo la mató
Y el público dijo—Bien!

Á DIOS ROGANDO

Marchando con su madre, Inés resbala,
Cae al suelo, se hiere y disputando
Se hablan así despues las dos llorando:
—¡Si no fueras tan mala!...—No soy mala.
—¿Qué hacías al caer?...—¡Iba rezando!

Hero y Leandro

I.

Á Hero, Leandro adoraba,
Y, por verla, enamorado
El Helesponto cruzaba
Todas las noches á nado.

II.

Y, segun la fama cuenta,
Hero una luz encendia
Que en las noches de tormenta
De faro al jóven servía.

III.

Una noche á Hero, cansada
De mirar hácia Bizancio,
Rendida, aunque enamorada,
La hizo dormirse el cansancio.

IV.

Y esto su amor no mancilla,
Pues todas, lo mismo que Hero,
Tienen el cuerpo de arcilla
Áun teniendo alma de acero.

V.

Y lo más triste es, que apénas
La pobre Hero se durmió,
Cuando un aire desde Atenas
La luz, soplando, apagó.

VI.

Viendo él la luz apagada,
Sintió aquel olvido tanto,
Que, maldiciendo á su amada,
Abrasó el mar con su llanto.

VII.

Y queriendo, ó sin querer,
De pena se dejó ahogar,
Sin que él pudiese saber
Si le ahogó el llanto ó la mar.

VIII.

Lo cierto es que al desdichado,
Al rayo del sol primero,
La tormenta le echó, ahogado,
Al pié de la torre de Hero.

IX.

Y cuando muerto le vió,
Hero, cual Leandro fiel,
Se arrojó al agua y murió,
Como él, pór él, y con él.

X.

¡Que ellas, fuertes en amar
Y flacas en resistir,
Si duermen para esperar,
Despiertan para morir!

Á JULIA

Cuanto es mayor por tí mi idolatría
Tanto más adorarte necesito,
Pues halla, Julia, al verte el alma mia
Cuando miro á tu boca, la alegría;
Cuando miro á tus ojos, lo infinito.

CONTRASTES

I.

¡Mucho le amaste y te amó!
¿Recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo.
¡Amaba, sufrió.... y murió!
Cuando su entierro pasó,
Todos te oyeron gemir.
Mas yo, Inés, al presentir
Que lo habias de olvidar,
Sentí, viéndote llorar,
La tentacion de reir.

II.

Al año justo ¡oh traicion!
Al baile fui de tu boda,
Y allí, cual la villa toda,
Ví el gozo en tu corazon.

¿Y el muerto? ¡En el panteon!
¡Ay! cuando olvidada de él
Á otro jurabas ser fiel,
Yo, al verte reir, gemí,
Y dos lágrimas vertí
¡Amargas como la hiel!

III.

Primero amor: ¡luégo olvido!
Aquí tienes explicado
Por qué en el baile he llorado
Y en el entierro he reido.
¡Siempre este contraste ha sido
Ley del sentir y el pensar!
¡Por eso no hay que extrañar
Que, quien lee en lo porvenir,
Vaya á un entierro á reir
Y acuda á un baile á llorar!

UN CIELO EN EL INFIERNO

Quiero morir contigo, si el destino
Nos ha de conducir á aquel infierno,
En que unidos en raudo torbellino
Se dán *Paolo* y *Francesca* el beso eterno.

LOS PROGRESOS DEL AMOR

I.

Así un esposo le escribió á su esposa:
—«Ó vienes, ó me voy. Te amo de modo
¡Que es imposible que yo viva, hermosa,
Un mes léjos de tí!
¡Mi amor es tan profundo, tan profundo,
Que te prefiero á todo, á todo, á todo!...»—
Y ella exclamó:—«No hay nada en este mundo
Que él quiera como á mí!»—

II.

Mas pasan unos meses, y la escribe:
—«¡Qué hermoso debe estar nuestro hijo amado!
¡Sólo él, él sólo, en mis entrañas vive!
Piensa en él más que en tí.

Su cuna se pondrá junto á mi cama.
No hay cielo para mí más que á su lado.»—
Y ella prorumpe:—«¡Es que, el ingrato, yá ama
Al hijo más que á mí!» –

III.

Despues de algunos años la escribía:
—«Espérame. Yá sabes lo que quiero:
Mucho órden, mucha paz y economía.
¿Estás? Yo soy así.
Cierra el coche; me espanta el reumatismo.
Avísale que voy al cocinero.»—
Y ella pensó:—«Se quiere yá á sí mismo
Más que al hijo y que á mí!»—

VÉNUS SACRATÍSIMA

Una estátua de Vénus Citeréa
Vió un Abad en un huerto abandonado;
La vistió, y con fervor
Llevándosela al templo de una aldea,
Transformó aquella afrenta del pasado
En vírgen del pudor.

¡Grande impiedad! La Diosa que en Oriente
Se hace adorar, porque al desnudo ostenta
Su hermosura carnal,
Cubierta con un velo, en Occidente
Encantando á los fieles, representa
La belleza moral!

¡Hondos misterios de la fé que ignoro!
Se deja Vénus contemplar sin velo,
Y es ideal lo real.
Mas se cubre después con seda y oro,
Y Vénus pasa del Olimpo al Cielo,
Y es lo real ideal.

UNA CITA EN EL CIELO

—«En la noche del dia de mi santo»
(Á Lóndres me escribiste)
«Mira la estrella que miramos tanto
La noche en que partiste.»—

Pasó la noche de aquel dia, y luégo
Me escribiste exaltada:
—«Uní en la estrella á tu mirar de fuego
Mi amorosa mirada.»—

Mas todo fué ilusion; la noche aquella,
Con harta pena mia,
No pude ver nuestra querida estrella....
Porque en Lóndres llovia.

DOLORAS DRAMÁTICAS

QUÍMICA CONYUGAL

A D. Gonzalo Segovia y Ardizone

Gonzalo querido:

Te dedica este juguete dramático para tener ocasion de repetirte públicamente que es el mejor de tus amigos, y el más sincero admirador de tu gran talento y tu noble corazon,

Campoamor

QUÍMICA CONYUGAL

EN UN ACTO

PERSONAJES

AURORA, *mujer de*
EL MARQUÉS DE BEL-BEL
EL DOCTOR PASTA, *médico.*

LUGAR DE LA ESCENA

En uno de los Cantones de Suiza. Habitacion con un balcon en el fondo á la derecha, y una puerta á la izquierda. Dos ventanas á los lados.

NOTICIA HISTÓRICA

En Zurich, *á los casados que entablen instancia de divorcio por incompatibilidad de génio, se les encierra por espacio de quince dias, como formalidad legal indispensable y prévia á todo fallo, en una torre que hay en el lago. El encierro es en un mismo cuarto, que no tiene más que una cama, una mesita, una silla, un cubierto, un plato, &c.: de suerte que para descansar, para sentarse, para comer y para todo, se hallan absolutamente sujetos á su recíproca complacencia. Lo más comun es que ántes de los quince dias se han reconciliado yá, y retiran la instancia de divorcio.*

ESCENA I

El DOCTOR PASTA (leyendo de pié.)

—«Á vos, sábio Director,
del matrimonio defensa;
el que á los casados prensa
para fundirlos mejor;
»Entrego á vuestros cuidados,
pese á mi dolor materno,
á mi hija y á mi yerno,
buenos hijos, mal casados.
»Mi hija, al Marqués de Bel-Bel
su esposo, por lo que veo,
le tiene un ódio, que creo
que está enamorada de él.
»Pues hay y ha habido, Doctor,
segun cuentan los anales,
matrimonios en los cuales
entra por mucho el amor.
»Él tiene á Aurora olvidada;
y en cuanto á Aurora, es sabido
que está, más que del marido,
del amor enamorada.

»Sacad partido, Doctor,
por el amor de los cielos,
de su altivez y sus celos,
de su inocencia y su amor.
»Y pues están mal casados,
haced de ámbos una masa,
y volvedlos á su casa
bien fundidos y amasados.
»Vea el mundo embebecido,
de vuestra alquímia al favor,
cómo encendidos de amor
vuelven dos aves al nido.
»Contestadme. El sobre así:
Á la Condesa de tal,
en su quinta de Val-Val,
en el Canton de Zurich.» —

DOCTOR. El divorcio, vive Dios,
tiene á algunos con cuidado.
Yá, ántes que ellos, han llegado
dos cartas para los dos.
Si enzarzarlos necesito,
cambiaré la direccion
porque yá he visto que son
de Isabel y de Agapito.

Estas cartas perfumadas
dán de ellos noticias ciertas.
(Concluyendo de cerrarlas.)
Leidas, despues de abiertas,
se las daré bien cerradas.
(Suena una campana y salen Aurora y el Marqués.)

ESCENA II

EL DOCTOR PASTA, AURORA y el MARQUÉS.

DOCTOR. *(Ap.)* Ellos son. *(Al Marq.)* ¿Sois?...
MARQ. Dos casados
que quieren y quieren bien,
que sus cuerpos de hecho estén
cual sus almas, separados.
DOCTOR. Es decir, que estais de acuerdo....
MARQ. No nos podemos sufrir.
DOCTOR. Pues eso; quise decir
en completo desacuerdo.
AURORA. ¿Cuál es mi cuarto?
DOCTOR. Éste.
AURORA. Bien.
Pues mandad que se me apreste.

MARQ. ¿Y el mio?
DOCTOR. Tambien es éste.
AURORA. ¿Cómo que tambien?
DOCTOR. Tambien.
En este establecimiento
dos, al irse á divorciar,
tienen por ley que ocupar
juntos un mismo aposento.
AURORA. Extraña ley de divorcio.
DOCTOR. Es la aceptada en Zurich:
por ella, todos de aquí
salen en dulce consorcio.
MARQ. De esa ley el inventor
sería algun buen esposo.
DOCTOR. Fué un médico muy famoso,
químico y legislador.
AURORA. ¿Pero un ajuar tan escaso...?
DOCTOR. Es el que la ley expresa:
una silla y una mesa,
un lecho, un jarro y un vaso.
AURORA. ¿No hay más?
DOCTOR. Lo que está delante.
MARQ. Parece que esta escasez
la ha inventado alguna vez

para su infierno otro Dante.
DOCTOR. Este es de la casa el órden.
AURORA. Esto de la raya pasa.
¿Y es el órden de una casa
el órden de este desórden?
DOCTOR. Daros más no puede ser.
AURORA. ¿Por qué?
DOCTOR. Porque en esta casa
la ley une, aprieta, amasa
al marido y la mujer.
Y despues de hacer todo esto,
y de estar bien amasados,
suelen dos simples casados
hacer un solo compuesto.
MARQ. El medio es original.
AURORA. Fundir!... amasarnos!... ¡Oh!
¿Tal vez pensais que soy yó
alguna mujer de cal?
DOCTOR. ¿De cal, tan grande hermosura?
Yo no puedo decir eso.
De cal, si acaso, es el hueso.
La carne es arcilla pura.
AURORA. Pero....
DOCTOR. Vos sois de la grey

de esos señores casados
que aún no están bien amasados,
y los vá á amasar la ley.
El matrimonio es la union
en que marido y mujer
acaban por no saber
si es mezcla ó combinacion.
Con amor y con bondad
se hace un cemento admirable,
firme, duro, impenetrable
al frio y á la humedad.
Nunca está con su mujer
un marido bien casado,
si cuando cambia de estado
no cambia tambien de sér.
El mayor de los axiomas
es que, á fuerza de fundir,
la química hará vivir
con los buitres las palomas.

AURORA. ¿Qué infierno es éste?...

DOCTOR. No hay tal;
ni infierno ni purgatorio,
es sólo un laboratorio
de *química conyugal.*

AURORA. Pues yo haría esa ley trizas
apesar de sus hechizos.

DOCTOR. Es la glória de los Suizos.

AURORA. Y el tormento de las Suizas.

DOCTOR. ¿Habeis llegado á saber
qué es casarse?

AURORA. Sí, señor.

MARQ. Es un sueño encantador
que se llega á aborrecer.

DOCTOR. No es eso; y creo oportuno
hacéroslo ir aprendiendo,
conforme os vayais fundiendo
uno en otro, y otro en uno.
Casarse, es variar de sér,
ó de alma; cuestion de nombre:
tomo un simple, cualquier hombre,
y otro simple, una mujer,
y dados tales supuestos,
por procedimientos vários
dán estos simples contrarios
los más estables compuestos.
Tomando ella de él el nombre,
y él tomando de ella el sér,
el hombre se hace mujer,

y la mujer se vuelve hombre.
Él grave, ella movediza,
la existencia conllevando,
se vá el hombre amaricando
y la mujer se herculiza.
De este modo con un nombre,
un hombre y una mujer,
forma el matrimonio un sér
medio mujer y medio hombre.

AURORA. ¿Conque eso es el matrimonio?

DOCTOR. Sí, fundir en uno dos;
fusion que hace el mismo Dios.

MARQ. Cuando no la hace el demonio.

DOCTOR. Pronto os voy á dar la prueba
de que es Dios quien los amasa.
Si alguno el demonio casa,
el demonio se lo lleva.
¿No es más divino, que humano,
ver á dos séres unidos,
é ir uno de otro cojidos
cual dos niños por la mano?
Parten de ternura llenos
sus tristezas y alegrías,
sufriendo en los malos dias,

para gozar en los buenos.
Juntos rien, juntos lloran,
pues juntos viven y mueren:
siendo jóvenes se quieren,
y siendo viejos se adoran.
Y por un mismo sendero
buscan esposa y esposo
lo que es noble y generoso,
cuanto es justo y verdadero.

AURORA. ¡Bien, Doctor!

MARQ. No lo hallo mal.

DOCTOR. *(Ap.)* (Les sondearé el corazon.)
Vamos á ver si hay razon
para un divorcio formal.
(Se sienta á la mesa á escribir.)
Me siento á hacer por escrito
una relacion exacta.
De vuestras quejas el acta
me pide el Juez del distrito.
Yá escribo. Queja primera....
Vamos: desahogad la hiel.

MARQ. Que empiece ella.

AURORA. Que empiece él.

DOCTOR. Vamos, que empiece cualquiera.

MARQ. Una mujer....
DOCTOR. Es primero.
(Á Aurora.)
¿Qué razon teneis que dar?
AURORA. Que me quiero divorciar....
porque divorciarme quiero.
DOCTOR. ¡Grande es la razon! y, así,
la escribiré entre comillas.
¿Qué número de costillas
os rompió el esposo?
AURORA. ¿Á mí?
DOCTOR. Á vos. ¿Cuántas? una ó....
MARQ. Ni una.
DOCTOR. ¿Y se quiere divorciar?
Vamos, lo querrá ocultar.
(Escribiendo.)
Costillas rotas: ninguna.
Y ¿arañazos?
AURORA. Está loco.
DOCTOR. ¿Tiene el Marqués muchos?
MARQ. ¿Yo?
DOCTOR. Veo que en la cara, nó:
mas ¿y en el cuerpo?
AURORA. Tampoco.

DOCTOR. ¿Y puntapiés?
MARQ. ¡Qué pregunta!
AURORA. ¿Qué es eso de puntapiés?
DOCTOR. ¿Ignorais?... Son unos piés
que se acercan por la punta.
MARQ. Sólo dos locos de atar
se harian tales injurias.
DOCTOR. Pues si no sois unas furias,
¿por qué os queréis divorciar?
MARQ. ¿Por qué? Porque es mi mujer
de esas de pulcro vivir,
que apénas saben abrir
la boca para comer.
Mujeres de especie rara....
AURORA. Eso es incierto, Doctor.
MARQ. Que casi tienen rubor
de ir enseñando la cara.
DOCTOR. Sé de algun otro ejemplar
de estas bienaventuradas
que piensan que estar casadas
es dejarse idolatrar.
MARQ. Mirándome en lo invisible
mi esposa, soy un marido
visto en lo desconocido

y adorado en lo imposible.
Ella el divorcio reclama,
y yo accedo sin encono;
que perdone, y la perdono.
AURORA. (Me perdona! ¡Yá no me ama!)
MARQ. Por sus severas costumbres
mi mujer, siéndolo apénas,
es de esas mujeres buenas
que matan á pesadumbres.
AURORA. Pero....
DOCTOR. ¿Queréis tener calma?
MARQ. Sí señor, debeis saber
que mi mujer, no es mujer.
DOCTOR. ¿Qué es pues?
AURORA. ¿Qué soy?
MARQ. ¡Es un alma!
Siempre en lo ideal mecidos,
y de lo real olvidados,
estamos aquí casados
y en las estrellas unidos.
Buena, aunque nó cariñosa,
lo es con tal formalidad,
que imita su gravedad
el desden de alguna diosa.

No es decir que no la estimo;
pero, tiene mi mujer
mucho.... de poco que hacer,
y un poco.... de mucho mimo.
DOCTOR. Mas....
AURORA. No se puede escuchar,
Doctor, á un hombre como éste,
y, ó me dejais que conteste,
ó si nó me echo á llorar.
Á vuestra justicia apelo
de este hombre á quien yo veia
con la luz del alma mia,
más que con la luz del cielo.
Cuando me juzgué querida,
os juro que, enamorada,
creería yó no dar nada
si diese por él la vida.
DOCTOR. ¿Dar la vida?...
AURORA. ¡Ay! caballero,
¿dije dar por él la vida?
Perdon; es que, distraida,
olvido que no le quiero.
¿Debo yo ser olvidada,
porque soy una mujer

que, cual todas, quiere ser
con el alma acariciada?

DOCTOR. Cierto.

AURORA. Es la pura verdad:
y por eso este traidor
paga mis horas de amor
con siglos de soledad.

DOCTOR. No os pongais tan alterada.

AURORA. Podeis creer, caballero,
que es el sér á quien más quiero,
mas yá no le quiero nada.

MARQ. Ni yo; pues tiene, Doctor,
primo y perro.

DOCTOR. Es ley constante
que, la que no tiene amante,
ha de tener un amor.

AURORA. Sí, sí; el divorcio reclamo.

MARQ. Y yo.

AURORA. Tanto lo deseo,
que hasta que estoy triste creo
porque le amaba y no le amo.
¿Cuándo estaré descasada?

DOCTOR. Dentro del tercero dia.

AURORA. Me alegro, aunque esta alegría

me ponga desesperada.

DOCTOR. Segun lo que escucho, infiero
que os aborreceis con ira.

AURORA. Que le aborrezco es mentira;
lo que es.... que yá no le quiero.

DOCTOR. (¡Las cartas! ¡Memoria infiel!
¡Gran pié para una querella!
La de él, irá á manos de ella;
y la de ella, á manos de él.)
(Acercándose al marqués con misterio.)
Una carta, y hay motivos
para creerla vuestra.

MARQ. ¿Sí?

DOCTOR. Porque el sobre dice así:
«Á B....» y puntos suspensivos.

MARQ. Supongo que será de una....

DOCTOR. De una que anda por la villa
unas veces amarilla
y otras color de aceituna.
(Acercándose con el mismo misterio á Aurora.)
Una carta os vengo á dar
de oculto....

AURORA. Qué ¿es un delito?

DOCTOR. Tal vez.
AURORA. Será de Agapito,
un feo que hace llorar.
MARQ. *(Leyendo.)* ¡De él! «Por la parte del Sur,
asómate, prima mia:
el Sur es el Mediodía:
tu primo Agapito: abur.»
AURORA. *(Leyendo.)* ¡De ella! «Marqués de Bel-Bel,
por la ventana de Oriente
estará frente por frente
los tres dias, Isabel.»
DOCTOR. (La envidia en su fiero estilo
les hará á los dos hablar,
lo mismo que hace saltar
el raton al cocodrilo.)
AURORA. (¡Hem!...)
DOCTOR. (Ruje ella.)
MARQ. (Hem!)
DOCTOR. (Ruje él.)
AURORA. ¿Dónde está Oriente?
DOCTOR. A ese lado.
MARQ. Doctor, ¿cuál es el costado
que dá al Mediodía?
DOCTOR. Aquél.

AURORA. ¡Qué mujeres!
MARQ. (Si ese feo
en verla mucho se afana,
desde esta misma ventana
le pego un tiro y *laus Deo.)*
AURORA. ¿Qué dirá, si se presenta,
al mirarme, esa mujer?
De ver que no le ha de ver
estoy loca de contenta.
DOCTOR. *(Ap.)* Yá de ámbos brota un diluvio
de fuego reconcentrado:
esto es haber taladrado
el corazon de un Vesubio.
(Acercándose á la ventana donde está Aurora.)
¿Qué haceis?
AURORA. ¡Ay! Doctor querido,
viendo desde esta ventana....
DOCTOR. Cosas que han de ser mañana
relegadas al olvido.
AURORA. ¡Qué carta! ¿Queréis que os lea?...
DOCTOR. ¡Cartas! ¡Cá! Si es mi costumbre
echar unas á la lumbre,
y otras á la chimenea.

AURORA. ¡Ay!...
DOCTOR. Si algo malo os pasa,
á nadie deben culpar
las que obligan á buscar
el placer fuera de casa.
AURORA. Nó, nó; si estoy muy serena....
DOCTOR. Yá.
AURORA. Si le ódio....
DOCTOR. Eso no es cierto.
AURORA. Hoy, aunque le viese muerto....
DOCTOR. Os moririais de pena.
AURORA. ¿No estrañais?...
DOCTOR. ¿He de estrañar
que no llegue á ser amado
un sér que no se ha tomado
la pena de hacerse amar?
AURORA. Hoy son grandes mis dolores!...
DOCTOR. Amad, amad y amad....
AURORA. Pero....
DOCTOR. Se rompe un lazo de acero,
pero nó un lazo de flores.
AURORA. Mas á esa mujer....
DOCTOR. Cuidado:
se hace que no se conoce.

AURORA. Y á él....
DOCTOR. Atraedlo al goce
del amor abandonado.
AURORA. Nunca diréis á ese infiel
lo que sufro.
DOCTOR. ¿Estais demente?
(Ap.) Vamos, decididamente
está enamorada de él.
(Se acerca á la ventana en que está el Marqués.)
Veo que sigue, Marqués,
Don Agapito en sus trece.
MARQ. Me parece, me parece,
que á llover ván puntapiés.
DOCTOR. Dios creó al hombre; el maldito
diablo, que lo presenció,
de envidia al mono crió....
MARQ. Y el mono es Don Agapito.
¿Qué dice Aurora?
DOCTOR. Si tarda
vuestro cuidado en llegar,
yá no la podrán bastar
dos ángeles de la guarda.
MARQ. Ella no tiene disculpa:

yá sabréis....
DOCTOR. ¿No he de saber
que, si sufre una mujer,
tiene algun hombre la culpa?
Cuidadla más, que es muy bella,
y el primo, señor Bel-Bel....
MARQ. Ella no hace caso de él.
DOCTOR. Pero él hará caso de ella.
¡Ah! Tiene esa criatura
por carácter la constancia,
por corazon la ignorancia
y por saber la hermosura.
MARQ. Es, más que mujer casada,
un hada....
DOCTOR. Vuestro saber
sabe algo de la mujer,
del amor no sabe nada.
MARQ. Ella de un castillo al fin,
y yo al otro en otra estancia,
vivimos á más distancia
que hay desde Viena á Berlin.
Yo al Poniente, ella al Levante,
ella esquiva, y yo rendido,
quiere que viva un marido

como si fuese un amante.
En su agua pura mi mano
yá se cansa de remar....
DOCTOR. Por eso se echa á nadar
en el fango de un pantano.
¡Mal hombre!
MARQ. Pero, Doctor,
¿no dicen vários Doctores
que suelen muchos amores
curarnos de un solo amor?
Busca uno calor....
DOCTOR. Pues hallo,
y en la experiencia me fundo,
que, entre lo frio del mundo,
es lo más frio un serrallo.
AURORA. *(Ap.)* ¡Qué mujeres hay tan malas!
MARQ. Vamos, yo no puedo ser,
como quiere mi mujer,
un sér etéreo con álas.
DOCTOR. Por eso poneis la fé....
MARQ. En la imágen del deseo....
Es tan alegre!...
DOCTOR. Lo creo.
¡Y tan falsa!...

MARQ. ¿Sí?
DOCTOR. Lo sé.
MARQ. Pero en fin, sabe ella amar
y nunca hace padecer.
DOCTOR. ¡Yá! como que esa mujer
sólo sabe hacer gastar.
Pronto se irá de otro en pós
MARQ. ¿De quién?
DOCTOR. ¿Qué se yó, Marqués?
Tal vez de Agapito, que es
mucho más rico que vos.
MARQ. Tiene cosas excelentes,
y luego rie de un modo....
DOCTOR. Que enseña á todos, del todo,
como una hiena los dientes.
Pero ¿y el acta dichosa?
Voy, voy. ¡Cosas de la vida!
Se ama una hora, y se olvida.
La vida no es otra cosa.
(Ap.) Dejándolos aquí unidos,
despues de bien enzarzados,
ó los hallaré abrazados,
ó los hallaré comidos. *(Váse.)*

ESCENA III.

AURORA, el MARQUÉS.

MARQ. Fastidian estas casadas
de una complexion tan pura....
AURORA. ¿Qué mujer tan sin finura!...
¿Pues no rie á carcajadas?
MARQ. Me hace el frio estremecer.
AURORA. Este calor me sofoca.
MARQ. ¡Tengo un temblor!
AURORA. ¡Yo estoy loca!
MARQ. *(Cerrando la ventana)* ¡Títere!
AURORA. *(Haciendo lo mismo)* ¡Mala mujer!
(Aurora y el Marqués se pasean agitados.)
MARQ. Los que se casan lo yerran
AURORA. Sí, divorciarse es mejor.
MARQ. Nadie se muere de amor.
AURORA. Y si se muere, lo entierran.
¿Dónde habrá una silla?
MARQ. Aquí.
Con la química importuna
no hay más que una.
AURORA. ¿No hay más que una?

MARQ. Para tí.
AURORA. Nó, para tí.
MARQ. Siempre aspiré á que tuvieses
todo cuanto deseases.
AURORA. *(Ap.)* Así son los Satanases,
pérfidamente corteses.
(Se vá al fondo del proscénio.)
MARQ. ¿Te vás?
AURORA. Sí.
MARQ. ¿Qué tienes?
AURORA. Nada.
MARQ. *(Ap.)* La podre con su inocencia
vive en esta residencia
como una niña robada.
AURORA. *(Ap.)* Haré bien la indiferente;
aunque mucho me molesta
el ver que estoy tan dispuesta
á pensar que es inocente.
¿Qué haré? Me siento cansada.
MARQ. Me canso de estar en pié.
AURORA. Para sentarme, pondré
junto á este lecho esta almohada.
¿Como creerán estas gentes
que dos personas reñidas.

pueden colocar, unidas,
sobre una almohada dos frentes?
(Aurora coloca la almohada en el suelo, se sienta y se reclina contra la cama. El Marqués coje la silla y hace lo mismo por el lado opuesto.)
MARQ. Si no amante, caballero
vengo á hacerte compañía.
AURORA. ¿Sí? *(Ap.)* Velaré, pues podria
soñar alto que aún le quiero.
Pero....
MARQ. Sigue así acostada:
yo estaré aquí recostado:
yo en mi lado, y tú en tu lado,
yo en mi silla y tú en tu almohada.
Mientras lo sea, no esquivo
mi papel de tierno esposo.
AURORA. *(Ap.)* No verás que mi reposo
es un sueño convulsivo.
MARQ. Cerrando el legislador
á un marido y su mujer,
en tres dias ¿qué han de hacer
si no se hacen el amor?
AURORA. ¡Qué capricho el de encerrar

dos séres á piedra y lodo!...
MARQ. No sé cómo de este modo
se puede uno descasar.
AURORA. ¡Cuán bien la ley nos amasa!...
MARQ. Tú tienes la culpa, Aurora.
AURORA. *(Ap.)* Qué cómodamente ahora
estaríamos en casa.
MARQ. ¡Ay! ¡Cuánto tiempo ha corrido!
¿Te acuerdas, en otros dias,
las cosas que me decias
muy cerquita y al oido?
AURORA. Desde los recuerdos esos,
sí ¡cuánto tiempo ha corrido!
Entónces hasta el vestido
me ibas llenando de besos.
Recuerdo que, enamorada,
quedé desde que te ví.
MARQ. Yo cuando te ví creí
que salia de la nada.
AURORA. Dios mio, ¡cuán de otro modo
obrabas, aquellos dias
en que, amoroso, decias
que el ser amado, lo es todo!
MARQ. ¡Tiempo de amor verdadero!

AURORA. ¡Qué vida la vida aquella!
MARQ. *(Ap.)* Despues de todo es muy bella.
AURORA. *(Ap.)* Tengo ira porque aún le quiero.
MARQ. Voy á dormir.
AURORA. Yo tambien.
MARQ. ¿Dormirá?
AURORA. Yá se durmió.
MARQ. Si es que los ojos cerró
será para verme bien.
¡Si durmiese y á soñar
fuese con otra mujer!...
AURORA. ¿Dormirá? No puede ser.
¡Dios mio, si irá á roncar!...
Nó, nó; ni pensarlo puedo,
(Se levanta, acercándose á la mesa.)
Leeré un libro que hay allí.
MARQ. *(Ap.)* ¿Será posible que á mí
me dé su hermosura miedo?
No puedo tener quietud;
me voy, porque estoy seguro
que es mucho más fuerte un muro
que de un hombre la virtud.
¿No hay más libro que leer
que ese que tienes?

AURORA. No hay más.
MARQ. Pues, aguárdate y verás.
(El Marqués acerca al proscénio la almohada y la silla.)
Ven aquí.
AURORA. ¿Qué vas hacer?
MARQ. Una cosa muy sencilla.
Como en los tiempos pasados,
lees y oigo; los dos sentados,
tú en tu almohada y yo en mi silla.
AURORA. Pero debo en tal estado....
MARQ. Entre marido y mujer
ella cuida del placer,
miéntras él tiene el cuidado.
Veré en tí la antígua Aurora
que leyendo enamorada....
AURORA. ¿Que más? ¿Que más? Sigue....
MARQ. Nada.
AURORA. *(Leyendo.)* SUFRIR ES VIVIR. *Dolora.*
MARQ. ¿Sufrir es vivir? No entiendo:
Será, vivir es sufrir.
AURORA. Nó, nó; sufrir es vivir.
MARQ. Pues señor, no lo comprendo.
AURORA. Yá lo entenderás ahora.

MARQ. *(Ap.)* ¿Comprenderá mi mujer
que no lo quiero entender?
AURORA. *(Leyendo.)* Sufrir es vivir: Dolora.
Maldiciendo mi dolor,
á Dios clamé de esta suerte:
—«Haced que el tiempo, Señor,
venga á arrancarme este amor
que me está dando la muerte.
»Mis súplicas escuchando,
su interminable camino
de órden de Dios acortando,
corriendo, ó más bien, volando,
como siempre el tiempo vino:
»Y,—voy tu mal á curar,—
dijo, y cuando el bien que adoro
me fué del pecho á arrancar,
me entró un afan de llorar
que aún de recordarlo lloro.
»Temiendo por mi pasion,
penas sufrí tan extrañas,
que aprendió mi corazon
que una misma cosa son
mis penas y mis entrañas.
»Y, feliz con su dolor,

gritó el alma arrepentida:
—«Decid al tiempo, Señor,
que no me arranque este amor,
que es arrancarme la vida!»
AURORA. ¿Y bien?
MARQ. No hay placer mayor
que el placer con que te escucho!
AURORA. ¿No es verdad que es gozar mucho
el sufrir por el amor?
MARQ. *(Ap.)* Yá la veo en el declive
de un hondo arrepentimiento....
AURORA. El amor es sufrimiento;
quien sufre ama, y si ama vive.
(Ap.) Tienen sus ojos un brillo!...
MARQ. Si espera á que me arrodille....
AURORA. Aguardaré á que él se humille.
MARQ. *(Ap.)* Nó, lo que es yo, no me humillo.
¿Con que es toda amante llama
mezcla de dicha y dolor?
AURORA. No es otra cosa el amor
que padecer por quien se ama.
MARQ. *(Ap.)* ¡Maldita fascinacion!
Me alejo, por no hablar de eso,
pues yá me embarga el acceso

de una ciega adoracion.
(El Marqués se levanta de pronto y se pasea agitado.)
AURORA. ¡Se vá sin decirme nada!
¡Yá nunca me podrá amar!
¡Vuelva en mis ojos á entrar
por inútil la mirada!
MARQ. ¡Estamos muy divertidos!
AURORA. ¡Qué momentos tan pesados!

ESCENA IV

AURORA, el MARQUÉS, el DOCTOR.

DOCTOR. *(Ap.)* Pues no los hallo abrazados
ni mútuamente comidos.
(Alto.) Aquí traigo el acta aquella.
¿La quereis firmar?
AURORA. No quiero.
DOCTOR. Vos firmareis el primero.
MARQ. Nó, que primero firme ella.
DOCTOR. *(Ap. á Aurora.)* No firmeis; os ama.
AURORA. ¿Á mí?
Mi confianza es tan poca,
que nada creo á su boca.

DOCTOR. ¿Y á sus ojos?
AURORA. Á esos, sí.
DOCTOR. ¿Qué os dijo?
AURORA. Cuando sentada
le leia, me miró,
y despues....
DOCTOR. ¿Qué?
AURORA. Me besó.
DOCTOR. ¿De véras?
AURORA. Con la mirada.
DOCTOR. ¡Bravo!
AURORA. Él no cae en que yo
para amarle necesito....
DOCTOR. ¿Que se humille él un poquito,
y vos otro poco? Nó.
La que es buena y es honrada,
obrar debe de otro modo.
Vos, creedme, humillaos todo,
y que él no se humille nada.
En el matrimonio, Aurora,
dando una vuelta al amor,
deja él de ser trovador,
y pasa ella á trovadora.
Aún estais á gran distancia

de ser una amante fiel,
si el no humillaros por él
no os parece una arrogancia.
MARQ. *(Leyendo.)* Pues es cierto, vive el Cielo,
que durante aquel ardor
el sufrir por el amor
me daba mucho consuelo.
AURORA. ¿Pero cómo lo he de hacer,
si él no adivina mi pena?
DOCTOR. Lo que hace es que sois tan buena,
que no pareceis mujer.
La que habla estando callada,
nos dice esto, y esto y esto
con la palabra del jesto
y la voz de la mirada.
AURORA. Sí, pero su frialdad....
DOCTOR. Pues no hay más que enternecer.
(Ap.) Yá se empieza á desprender
calor y electricidad.
Id atrayendo al Marqués....
AURORA. ¿Y mi dignidad, Doctor?
DOCTOR. ¿Y mi.... qué? Si en el amor
dignidad no sé lo que es.
AURORA. Yo quiero, y sólo he querido....

DOCTOR. ¿Qué es querer? Una mujer
tan sólo debe querer
lo que quiera su marido.
(Yá se derrite el incienso.)
AURORA. ¿Por qué no haceis?...
DOCTOR. ¿Una alianza?
AURORA. Os lo indico en confianza:
no me vendais.
DOCTOR. Ni por pienso.
AURORA. Tened, por Dios, gran prudencia.
DOCTOR. Muy bien. *(Ap.)* Bendita tú eres.
(El Doctor se acerca al Marqués.)
MARQ. ¡La mujer!
DOCTOR. ¡Oh! ¡las mujeres!
¡variedad de la inocencia!
MARQ. De esa presuncion de Infanta,
¿qué inferís, Doctor?
DOCTOR. ¿Qué infiero?
Que vos sois un majadero,
y vuestra esposa una santa.
MARQ. De ese insulto inusitado
ni satisfaccion os pido,
porque de puro sabido
yá lo tengo yo olvidado.

DOCTOR. (¡Ah! ¡la carta, voto á tal!)
(Sacando la carta de la Condesa y sentándose á escribir.)
Ántes de salir de casa,
que sepa lo que aquí pasa
la Condesa de Val-Val.
(Escribiendo.) «Condesa; cuál César fuí:
sepa vuestro amor materno,
que vuestra hija y vuestro yerno
llegaron, ví y los vencí.»—
Aunque anda uno de otro en torno,
la mezcla indócil no cuaja.
La temperatura es baja.
Hay que calentar el horno. *(Váse.)*

ESCENA V

AURORA, el MARQUÉS.—Los dos actores dirán toda esta escena aparte y despacio.

AURORA. Es la vida de mi vida,
pero nunca lo sabrá.
MARQ. La diria.... Mas si está
como una reina aburrida.
AURORA. ¡Qué tres dias de martirio!

MARQ. Es muy terca mi mujer.
AURORA. Tonta de mí, no saber
que le amaba con delirio.
MARQ. ¡Variedad de la inocencia
se puede á un sexo llamar
que así nos hace tascar
el freno de la impaciencia!
AURORA. ¡Ayudadme, santo Cielo!
MARQ. ¡Valedme, Cielo bendito,
lanzando algun aerolito
que á romper venga este hielo!
Cuando recuerdo que aquí
me he de estar otros tres dias....
AURORA. No pueden las fuerzas mias
estar tres noches así.
MARQ. Pues quiere guerra, habrá guerra;
voy á vencer ó morir.
AURORA. Yá ¿qué nos podria unir?
Tan sólo un temblor de tierra.
MARQ. Ea; está echada la suerte:
no es justo amar á quien no ama.
AURORA. Muera de mi amor la llama.
Nada: el divorcio ó la muerte.
(Se oye rumor dentro.)

MARQ. ¡Qué endiablada algarabía!
AURORA. ¡Ah! por fin he conseguido
que algun mortal meta ruido
para hacernos compañía.

ESCENA VI

AURORA, el MARQUÉS y el DOCTOR, que entra azorado por el balcon.

MARQ. ¿Qué pasa, Doctor?
DOCTOR. ¿Qué pasa?
AURORA. No sabemos....
DOCTOR. ¿Y ese ruido?...
AURORA. Si parece que se ha hundido
de un golpe toda la casa.
DOCTOR. A mí, cuando entraba ahora,
«no entreis, no entreis,» me decia
don Agapito, que huia
del brazo de una señora.
MARQ. *(Acercándose al Doctor.)*
¿Era Isabel?
DOCTOR. Isabel.
MARQ. ¡Oh!
DOCTOR. Bendecid vuestra estrella.
MARQ. ¿Y él vá del brazo?...

DOCTOR. Con ella.
MARQ. ¿Y ella del brazo?...
DOCTOR. Con él.
(Ap.) Yá hace efecto el reactivo.
MARQ. ¡La gran pérfida! ¡El gran tuno!
Regalaré á cada uno
su puntapié respectivo.
DOCTOR. Yá os ha pagado la infiel
cual yo esperaba.
MARQ. Ese mico....
DOCTOR. Como es más tonto y más rico...
MARQ. Pues, se ha marchado con él.
(Se renueva el rumor.)
AURORA. Que hay algo grave estoy cierta.
MARQ. ¡Eh! Tal vez no será nada.
DOCTOR. Sí tal; la gente apiñada,
no deja entrar por la puerta.
Yo, viendo el balcon abierto,
para aclarar este arcano,
por una escala de mano
subí más que vivo muerto.
Si hay peligro, por la escala
podeis bajar de contado
uno á uno, y con cuidado,

que es muy estrecha y muy mala.
MARQ. ¿Y vos, Doctor?
DOCTOR. Podrá haber
que morir ó que matar,
y me tendré que quedar
á cumplir con mi deber.
Os iréis, y cuidadito
con esa escala, por Dios;
no bajeis juntos los dos:
uno á uno y despacito.
(El Doctor queriendo abrir la puerta.)
DOCTOR. ¡Cerrada la puerta!
MARQ. Á ver.
DOCTOR. *(Asomándose á la ventana, de la cual empezará á salir algun resplandor.)*
¡Es fuego! ¡Es fuego!
MARQ. ¡Qué he oido!
(El diálogo muy vivo.)
AURORA. ¡El pobre de mi marido!
MARQ. ¡La pobre de mi mujer!
AURORA. ¡Baja!
MARQ. ¡Baja!
DOCTOR. Luégo, luégo.
AURORA. *(Ap.)* ¡Ay! ¡Aún me quiere!

MARQ. *(Ap.)* ¡Ella me ama!
DOCTOR. *(Ap.)* Yá empieza á prender la llama.
(Asomándose á la ventana.)
Fuego!
(Voz dentro.) ¡Fuego!
(Otra voz léjos.) ¡Fuego!
(Otra voz más léjos.) ¡Fuego!
MARQ. Que baje ella.
AURORA. Que baje él.
DOCTOR. Que baje alguno primero
MARQ. Yo soy un buen caballero.
AURORA. Yo soy una esposa fiel.
MARQ. Sin tí no quiero salir.
AURORA. No es más natural, Doctor,
que quien no me dá su amor
me dé el placer de morir?
DOCTOR. Vamos, huid, criatura;
ya sé que ámbos sois muy buenos.
(Ap.) ¡Está el horno, por lo ménos,
á ochenta temperaturas!
AURORA. Te lo pido.
MARQ. Te lo ruego.
DOCTOR. ¡Eh! Que baje ántes cualquiera.
Que baje el que ménos quiera.

(Acercándose á la ventana.)
¡Fuego!
(Una voz dentro.) ¡Fuego!
(Otra voz léjos.) ¡Fuego!
(Otra voz más léjos.) ¡Fuego!
MARQ. Yo la tengo más amor.
AURORA. Sí, yá te veo venir;
quieres quedarte á morir,
para matarme mejor.
DOCTOR. Que oiga uno del otro el ruego.
(Ap.) Esto sube al color rojo.
AURORA. Pues te bajas, ó me arrojo
por esa ventana al fuego.
MARQ. Si te amo más que á mí mismo!
AURORA. Yo á tí más.
DOCTOR. *(Ap.)* ¡Hermosa prueba!
MARQ. Yo á tí.
AURORA. Yo á tí.
DOCTOR. *(Ap.)* ¡Yá se eleva
su pasion al heroismo!
Haréis que el incendio os coja....
MARQ. ¡Por Dios!
AURORA. ¡Por Dios!
DOCTOR. *(Ap.)* Pues, señor,

yá tengo puesto su amor
á temperatura roja.
AURORA. Yo te adoro.
MARQ. Yo estoy ciego.
DOCTOR. ¿Eso es seguro?
A. y el M. Seguro.
DOCTOR. ¡Juradlo, por Dios!
A. y el M. ¡Lo juro!
DOCTOR. Pues.... *(Asomándose á la ventana.)*
¡Alto el fuego!
(Várias voces dentro.) Alto el fuego!
MARQ. ¿Sabrémos que pasa aquí?
DOCTOR. Una cosa muy sencilla:
que así cocia su arcilla
Bernardo de Palissy.
MARQ. ¿Pero ese incendio?...
DOCTOR. No hay tal;
Quise ver con este juego
si os fundia miedo al fuego.
Química matrimonial
y si os amais con delirio,
¿á qué pedir?....
MARQ. Doctor Pasta,
para ver el Cielo basta

un momento de martirio.
DOCTOR. Idos, pues.
AURORA. ¡Qué feliz soy,
pues vivo, y vivo adorada!
Debo estar muy colorada:
¿verdad, Doctor, que lo estoy?
DOCTOR. Sí que estais. Y en vuestro afan,
¿aún dudareis que él os ama,
cuando puede con su llama,
prenderle fuego á un volcan?
AURORA. Como yo no lo sabía....
DOCTOR. *(Al Marqués)* Llevad á ese ángel de Dios,
que yá iba á morir por vos
tan radiante de alegría.
Y aunque alguna vez quizá
os pida la vida entera,
justo es que todo lo quiera,
aquel que todo lo dá.
AURORA. Doctor ¡cuán agradecida
os estoy!
DOCTOR. Ahora á aprender
el secreto de tener
veinte años toda la vida.
AURORA. Me haré coqueta, Doctor.

DOCTOR. Y amad, y amad mucho os ruego.
Como el fuego engendra el fuego,
el amor crea el amor.
Y ese amor que tanto encanta
hace bella á la horrorosa,
irresistible a la hermosa,
y á la virtuosa santa.
AURORA. ¡Bien! ¡Bien!
DOCTOR. Seguid mi consejo.
Ved que con verdad os hablo;
no sabe el diablo por diablo,
sino que sabe por viejo.
Vaya, ¡adios!
AURORA. Vuestra tramoya
en práctica he de poner.
Como él se enfrie, haré arder
desde mi casa hasta Troya.
DOCTOR. Id siempre con él.
AURORA. (*Cojiendo á su marido del brazo.*) ¿Es esto?
DOCTOR. Sí ¡fundir!... ¡amalgamar!...
AURORA. Yá sé que el caso es formar
de dos simples un compuesto.
DOCTOR. Llevándolo siempre así....
AURORA. Yá aprendí, pues soy muy lista,

que en teniéndolo á la vista
no se olvidará de mí.
DOCTOR. ¡Bien!
AURORA. Y, obediente al derecho,
yá el fausto en mi casa cesa,
una silla y una mesa,
un jarro, un vaso....
DOCTOR. Y un lecho.
Y en cuanto á.... (*Dirigiéndose al Marqués.*)
MARQ. Podeis callar
lo que me vais á decir;
sé que sufrir es vivir,
y que vivir es amar.
DOCTOR. Pagad, Marqués, mi victoria
con un abrazo de hermano.
(*Se abrazan.*)
Y á vos (*á Aurora*) os beso esta mano
que es digna de abrir la glória.
AURORA. (*Estrechando la mano del Doctor.*)
Esta, Doctor sin igual,
sí que os beso con respeto.
DOCTOR. Porque os dí un curso completo....
AURORA. }
MARQ. } De QUÍMICA CONYUGAL.

GLÓRIAS HUMANAS

EN UN ACTO

PERSONAJES

D. CIPRIANO GUERRERO
D. PANTALEON GUERRERO } *Hermanos.*
D.ª PETRA GUERRERO
ELISA, *hija de D. Pantaleon.*
MARTIN, *hijo de D. Cipriano.*
JUANILLO, *criado de D. Pantaleon.*
FRASCUELO, *Sargento de Voluntarios.*
Voluntarios, Pueblo, &c.

ÉPOCA DE LA ACCION

En tiempo de las disensiones civiles de Portugal: 1842.

LUGAR DE LA ESCENA

Plaza del pueblo de Alhamilla. Enmedio se elevará una especie de monumento. Á uno de los lados del frente del espectador, la Iglesia. Al otro lado una casa grande con un letrero que diga: *Ayuntamiento Constitucional*. En la planta baja del edificio una reja que figura ser Cárcel.

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

Aparecen D.ª PETRA y ELISA hablando con MARTIN, que estará á la reja de una habitacion baja de la Casa-Ayuntamiento.

MARTIN. *A la reja de mi cárcel*
no me vengas á llorar;
yá que no me quitas penas,
no me las vengas á dar.
ELISA. ¡Si es muy grande mi contento!
MARTIN. El mio no tiene igual,
oyendo en este momento
la música celestial
de tu apasionado acento.
ELISA. Tan sólo esta maldecida
cárcel me tiene angustiada.
MARTIN. ¿Qué importa, prima querida?
No se ve cárcel, ni nada,
cuando se tiene la vida
en tus ojos concentrada.

PETRA. (*Separándose un poco, pero sin dejar de tomar parte en la conversacion.*)
Á servir de espía voy,
por si esto tu padre asédia.

ELISA. ¡Cuán buena sois!

PETRA. ¿Si lo soy?
¡Como que yá siendo estoy
una tia de comedia!
Es que, mi señor hermano,
saldrá de casa temprano,
porque hoy celebra esta villa
lo que en su lenguaje llama:
«la gran derrota de Alhama
por los bravos de Alhamilla.»

MARTIN. ¡Babiecas!

PETRA. Pero es el cuento
que á mi hermano Pantaleon,
por el tal pronunciamiento,
motin ó revolucion,
á causa de un puñetazo,
hubo que amputarle un brazo;
brazo que el Ayuntamiento,
con la mayor devocion,
enterró bajo el cimiento

de esa especie de mojon
que llaman *el monumento.*

ELISA. ¡Que siempre guerra ha de haber!

MARTIN. Pues, apesar de la guerra,
siempre que te vuelvo á ver
me parece que la tierra
acaba de florecer.

ELISA. Yo, soñando un bien lejano,
paso horas de angustia llenas.

MARTIN. Compañera de mis penas,
deja que bese tu mano!

ELISA. Si quiere la tia, sea.

MARTIN. ¿Le beso la mano, tia?

PETRA. ¿Qué?...

ELISA. ¿Si besa?...

PETRA. Sí, hija mia,
pero que yo no lo vea.

ELISA. Pues me oprime el corazon,
que mi padre con fiereza
te encierre en esta prision.

MARTIN. Él tiene mala cabeza,
pero muy buen corazon.

ELISA. ¡Ay!...

MARTIN. Y has de considerar

que para venir por fin
á esta prision á parar,
tu amante y primo Martin
viene á Alhamilla á robar
las flores de tu jardin.

ELISA. Es cierto, y tambien por eso
mi padre te pone preso.

MARTIN. Nó; jugando al heroismo
casi me prendo á mí mismo,
para tener el consuelo
de ver tu cara de cielo.
Pero, en cambio, al dia siguiente,
echándola de valiente,
vá Juanillo Cantarranas
á comerse heróicamente
de mi huerto las manzanas.

PETRA. Los de Alhama que lo ven,
de Alhamilla á imitacion,
lo ponen preso tambien;
y así por cada prision
tu tia, que está en Belen,
le dá á Juanillo un doblon.

MARTIN. Así, yo y Juan Cantarranas,
somos, por nuestros amores,

presos todas las semanas,
yo por aspirar tus flores,
y él por comer mis manzanas.

ELISA. Sí, pero tengo un dolor
cuando mi padre te encierra!...

MARTIN. Ellos juegan á la guerra,
y nosotros al amor.
Pero ¿no son, vive Dios,
harto felices los dos,
cuando tu padre y el mio,
con sonrisa encantadora,
llenos de olímpico brío,
van diciendo al mundo entero
tal mes, tal dia, y tal hora,
hay canje de prisionero?
Y siempre lo mismo estamos,
siempre en los mismos extremos;
nos sueltan, y nos marchamos;
nos prenden, cuando queremos;
y así vamos y volvemos,
y así volvemos y vamos:
y unos firmes en prender,
y otros firmes en robar,
vemos el tiempo correr

ocupados sin cesar
ellos en aborrecer,
y nosotros en amar.

ELISA. Mejor es amar, á fé,
que reñir, ¿no es cierto, tia?

PETRA. Mucho mejor, hija mia;
yo á los quince me casé.

ELISA. ¡Pobre Martin! Ten constancia,
que, despues de tanto afan,
tal vez se realizarán
los sueños de nuestra infancia.

MARTIN. ¿Cuándo viene esa dispensa?

PETRA. Aún no hay ninguna noticia.

ELISA. Pero señor, ¿en qué piensa
esa córte pontificia?

MARTIN. ¡Con cuánta calma lo toma
el cura!

PETRA. ¿Qué culpa tiene?

MARTIN. Es que, si pronto no viene,
me voy yo por ella á Roma.

PETRA. Hé aquí el farol de mi hermano.
(*Á Elisa.*) Tu padre. Y si aquí nos pilla....
Trae echada atrás la mano,
como cuando dice ufano

que él, del pueblo de Alhamilla,
es *el último romano*.

MARTIN. ¡Yá sabes lo que te quiero!

ELISA. ¡Ay Martin, pues y yo á tí!

MARTIN. Eres tú, por quien yo muero.

ELISA. Y yo, si vivo, es por tí.

PETRA. Vamos.

ELISA. Me voy.

MARTIN. ¿Y me dejas?

ELISA. No te quisiera dejar.

MARTIN. Tu rostro, cuando te alejas,
se lleva el sol del lugar.

PETRA. Aprisa, aprisa, por Cristo.

ELISA. ¿Por allí?

PETRA. Nó, por aquí.
¿Te besó la mano?

ELISA. Sí.

PETRA. Bien. No habiéndolo yo visto.... (*Vásc.*)

ESCENA II

MARTIN y D. PANTALEON.—MARTIN se sienta á la reja con los piés colgando D. PANTALEON aparece con el brazo izquierdo de ménos, y con la mano derecha empuñando un baston y echada á la espalda.

MARTIN. Mi tio. Viene embebido
en las luces de la glória,

y embriagado con el ruido
de los sables de la história.

PANT. Debo ser la admiracion
de este pueblo soberano,
cuando me pongo la mano
detrás, como Napoleon.

MARTIN. ¡Qué tieso marcha, qué tieso!

PANT. Tú ¿no estás preso?

MARTIN. Sí.

PANT. Pues
mete hácia dentro los piés;
ten formalidad de preso.

MARTIN. No tratan con rigor tanto
á los de aquí, en nuestra villa.

PANT. Esta plaza es sitio santo.
Cual Cervántes, de Lepanto,
soy yo el manco de Alhamilla.

MARTIN. ¿Sois como el manco inmortal?
Y Alhama que os juzga un zote!...

PANT. ¿Y en qué funda, voto á tal?...

MARTIN. En que *haceis* bien el Quijote,
pero lo *escribís* muy mal.

PANT. ¿Es Quijote, el que va en pos
de hacerse un nombre famoso?

MARTIN. ¡No me hagais célebre, ¡oh, Dios!
hacedme sólo dichoso!

PANT. Pues bien, que se acabe quiero
el que, por un galopin,
de tantos partes al fin
diga el segundo al primero:
«Vuestro sobrino Martin
ha sido hecho prisionero,
cojiendo, como un ratero,
flores en vuestro jardin.»

MARTIN. ¡Ratero! ¡y es de lo mio
lo que robo algunos dias!

PANT. Las flores son de tu tio.

MARTIN. Pues bien, flores primas mias.

PANT. Sólo te haces, buena pieza,
de mis flores enemigo,
miéntras pones tu cabeza
de nuestra guerra al abrigo.

MARTIN. ¡Me gusta mucho la guerra!

PANT. ¡Mucho...!

MARTIN. Pues si es tan moral,
que, para hacerse inmortal,
convierte en ruinas la tierra.

PANT. Jamás por tu pátria hiciste

la menor cosa.
MARTIN. Esa es buena:
¿es que la pátria consiste
en exterminar la agena?
PANT. Eres tan original,
que voy á hacerte el insulto
de llevarte entre el tumulto
de mi carrera triunfal.
MARTIN. Pero, mi tio y señor,
sin andar con tantas riñas,
¿no haríais mucho mejor
en cuidar de vuestras viñas?
PANT. Yo nunca apagar consigo
esta patriótica llama,
y mi brazo es buen testigo,
pues de cara al enemigo
cayó frente á los de Alhama.
(*Señalando al centro de la plaza.*)
Mira, mira tú qué altar
en honor mio se alzó
casi en el mismo lugar
en que mi brazo murió.
MARTIN. ¿Llevó el puñetazo ahí
vuestro brazo, que esté en glória?

PANT. Allí fué donde caí
en la escena de la história.
¿Ignoras tú el dia que es?
MARTIN. Lúnes. Mi santo. Cabal.
PANT. Pues mete dentro esos piés;
sé un prisionero formal.
MARTIN. ¡Mi santo! ¡Oh dia feliz!
PANT. ¿Con que aún no me has comprendido?
¿Ves ese sol que ha salido?
Pues es el sol de Austerlitz.
MARTIN. ¿De Austerlitz? No lo sabía.
PANT. Porque eres un majadero.
MARTIN. Yo creí que el sol del dia
era el sol del mundo entero.
PANT. ¡Oh, qué imbécil criatura!
Hijo al fin de un hombre honrado,
que siempre ha sido una impura
mezcla de fraile y soldado.
MARTIN. ¿De véras? Pues en conciencia
sólo un real de diferencia
hallo entre mi padre y vos,
pues acaudillais formales,
vos cartistas de á tres reales
y él miguelistas de á dos.

PANT. Aunque es un hermano mio,
el tal Cipriano es un tal....
MARTIN. Tio! grandisimo tio!...
No hableis de mi padre mal.
PANT. Pues hablaré.
MARTIN. Pues me voy.
Y esos soles Austerlitzes
verán todos, cómo os doy
con la puerta en las narices.
(Se aleja cerrando de golpe la ventana.)
PANT. Martin!...
(Se oye el ruido de un tambor.)
Mas yá oigo el rumor
de mi gente de servicio.
¡Qué abnegacion! ¡Qué valor!
Yá, más que virtud, es vicio
sentir, al són del tambor,
en ayunas, tal ardor
para hacer el ejercicio.

ESCENA III

D. PANTALEON.—FRASCUELO que llega al frente de algunos voluntarios mal vestidos y con gorras de color, á los que siguen gente del pueblo.

PANT. No hallo de aquietar manera
á una gente tan activa.

¡Bravo!
FRASC. ¡Muera Alhama!
TODOS. ¡Muera!
PANT. ¡Bien!
FRASC. ¡Viva Alhamilla!
TODOS. ¡Viva!
FRASC. ¡Alto!
PANT. ¡Sublime jornada!
FRASC. ¡Lugar.... descansen!
PANT. ¡Divino!
¿No habeis encontrado nada?
FRASC. Mucho polvo en el camino.
PANT. ¿Qué tal?
FRASC. Que ¿qué tal, señor?
Que, como soldados viejos,
llenos de marcial valor,
corren léjos, léjos, léjos,
al rataplan del tambor,
lo mismo que un cazador
corre á levantar conejos.
PANT. ¿Y á dónde llegó la gente?
FRASC. Á dos leguas del lugar.
PANT. Y todo ¿sin almorzar?
FRASC. Sólo con el aguardiente.

PANT. Así nos cuenta la histório
que, los hijos del imperio,
llenaron el hemisferio
con piés descalzos, de glória.
(*Se oye el toque de una corneta.*)

FRASC. ¡Armas al hombro! Esa bulla....

PANT. Es la trompeta de Alhama,
que á hacer el canje nos llama.

FRASC. Pues que aguarde á la patrulla.
(*Despues de haber huido al oir el toque de la corneta se forman militarmente para recibir á los de Alhama.*)
¿Quién vive?

CIP. (*Dentro.*) Alhama.

FRASC. Alto ahí.
Los de Alhama, mi primero.

PANT. (El canje del prisionero.)
Voy.

FRASC. (*Procurando ponerlos en fila.*)
En línea, faramallas.
(*Mirando á los desarrapados con admiracion.*)

PANT. ¡Qué hombres! ¡Pierda usted batallas
con un ejército así!

ESCENA IV

DICHOS, D. CIPRIANO, JUANILLO y voluntarios de Alhama vestidos de otro color diferente de los de Alhamilla.

PANT. ¡Juanillo!

JUANILLO. ¡Nuestro primero!

PANT. (*Á Juanillo.*) ¡Bravo! ¡Bravo!

FRASC. (*Abrazando á Juanillo.*) ¡Bravo! Bravo!

PANT. (*Á Frascuelo.*) Que traigan el prisionero
entre un soldado y un cabo.
(*Se dirijen dos hácia el Ayuntamiento y vuelven trayendo á Martin.*)

PANT. Muy buenos dias, Cipriano.

CIP. Felices.

PANT. Venga esa mano.
(*Ap.*) ¡Vanidoso!

CIP. (*Ap.*) Mequetrefe.

PANT. No hablemos de jefe á jefe.

CIP. Sí, hablemos de hermano á hermano.

PANT. Tú siempre un gran miguelista.

CIP. Tú un cartista estrafalario.

PANT. ¡Reaccionario! ¡Reaccionario!

CIP. ¡Comunista! ¡Comunista!

PANT. Tú, con la eterna simpleza
de adorar la autoridad.

CIP. Y tú, llamando igualdad
al nivel de la bajeza.

PANT. Yo siempre encuentro admirable
de un motin y otro motin
la alegría formidable.

CIP. Eso vá en gustos.

PANT. En fin,
suspendamos este dia
la guerra que llamaria
Palafox «guerra á cuchillo:»
canjeémos á tu Martin
con el bueno de Juanillo.

CIP. (*Presentando á Juanillo.*)
Aquí está Juan Cantarranas,
á quien su audacia le lleva
á ir todas las semanas
á comerse unas manzanas,
dignas, por lo hermosas, de Eva.

PANT. Está bien.
(*Á Frascuelo entregándole un papel.*)
Toma el programa.

FRASC. Lo repasaré primero.

(*Leyendo.*) En gracia del prisionero,
se suprime el «¡muera Alhama!»
¡Qué dolor!
(*Sigue leyendo.*) «Primeramente,
coronacion de Juanillo.»
¡Es tan valiente este pillo!
(*Tocándole en el hombro.*)

JUANILLO. (*Ap.*) ¡Es tan pillo este valiente!

PANT. Órden del dia: ¡atencion!

FRASC. ¿La leo, señor?

PANT. Lee.

FRASC. Leo:
«Primero: coronacion.
Segundo: la bendicion.
Tercera parte: canjeo.»
(*Señalando una corona que Frascuelo llevará colgada en el fusil.*)

PANT. Á Juanillo colocad
esa corona de honor.

JUANILLO. (*Ap.*) Por ser el pillo mayor
de toda la cristiandad.
(*Ap. á Martin.*) D. Martin, ¿quién no sintió
cierto empacho y cierto aquel,
viendo un traidor como yo

coronado de laurel?

MARTIN. (*Ap. á Juanillo.*) Cállate, por Belcebú,
que en materia de traidores
los he visto yo mayores,
coronados como tú.

(*Frascuelo pone una corona de laurel sobre la cabeza de Juanillo.*)

FRASC. ¡Viva la coronacion!

LOS DE ALHAMILLA. ¡Viva!

(*Algunos niños se emboban mirando á Juanillo.*)

JUANILLO. (*Ap.*) ¡Qué remordimiento!

PANT. ¿Qué sigue?

FRASC. La bendicion.

PANT. Pues llama al Cura.

FRASC. (*Alejándose.*) Al momento.

ESCENA V

DICHOS, ménos FRASCUELO.

PANT. Bendiga ese monumento
donde enterrados están
huesos de mi ex-brazo ¿eh, Juan?

JUANILLO ¿Vuestros huesos? Yá se vé.
Yo mismo el brazo enterré.

(*Ap.*) Al decirlo, me dan ganas
de gritar: ¡traicion! ¡traicion!

PANT. Tan bravo como un leon
es este Juan Cantarranas.

CIP. Y para comer manzanas
un soldado Macedon.

ESCENA VI

DICHOS, FRASCUELO.

PANT. Vamos, el Cura ¿qué dice?

FRASC. Dice que él no lo bendice;
que él está en cierto secreto:
(*Señalando al monumento.*)
que es todo eso un mamotreto:
que yo soy un incapaz:
y que él está muy de prisa,
y que se vá á decir misa,
y que lo dejen en paz.

PANT. ¿Y, sin temor á un balazo,
dice que es cosa irrisoria
ese título de glória
que de mi difunto brazo
se levantó á la memoria?

FRASC. Pues, como no se le amanse,
y se le obligue á venir,
él se niega á bendecir
el brazo, que en paz descanse.
PANT. Venga incontinentemente.
FRASC. ¿Incon.... qué?
PANT. Que venga pronto.
FRASC. Ah! sí. (*Le siguen muchos de Alhama.*)
PANT. (*Ap.*) ¿Soy tonto, ó valiente?
Voy creyendo firmemente
que soy un valiente tonto.

ESCENA VII

DICHOS, ménos FRASCUELO: MARTIN y parte del pueblo.

PANT. ¡Gloriosa coronacion.
Ven aquí, Juanillo, y deja
que te tire de la oreja
como hacía Napoleon.
En lo fuerte y en lo astuto
Juanillo es todo un guerrero.
CIP. Sí, y en comer como un bruto,
casi es un héroe de Homero.
JUANILLO (*Ap.*) ¿Pues no está el pueblo embobado

contemplando mi persona?
Estoy tan avergonzado,
que me guardo la corona
para hacer un estofado. (*Se la guarda.*)

ESCENA VIII

DICHOS: PETRA, FRASCUELO y pueblo.

(*Se oye dentro rumor de gente amotinada.*)

PETRA. (*Dentro.*) ¡Miserables! ¡apartad!
FRASC. (*Saliendo.*) Él estuvo en su derecho.
PETRA. (*Saliendo.*) ¡Infames!
PANT. (*Ap.*) Si habrémos hecho
alguna barbaridad?
FRASC. Fué una pequeña diablura.
PETRA. Ha hecho mal. (*Disputando con Frascuelo.*)
FRASC. Ha hecho muy bien.
PANT. ¿Qué es eso?
FRASC. Que no sé quién
ha insultado al Señor Cura.
PANT. Ó me guardais buenos modos,
ó rompo la crisma á alguno.
Y ¿quién lo ha insultado?
PETRA. Todos.

PANT. Mas ¿quién?...
PETRA. Todos y ninguno.
Es vuestra esta crueldad,
pues tu implacable, ese atroz,
buscais con tenacidad
tú, una loca libertad,
y ese otro, un órden feroz.
PANT. ¿Y ha de quedar por un Cura
mi autoridad ilusoria?
PETRA. Cierto: siempre es la victoria
más fácil que la ventura.
¡No respetar á un anciano!
Diles que han hecho muy mal.
PANT. (*Ap.*) ¿Si con ser tan liberal
estaré siendo un tirano?
¿Por qué ese Cura se aferra
en no alabar mis soldados?
PETRA. Porque él piensa que es la guerra
un tejido de pecados.
No habla de matarse nada
el sermon de Jesucristo,
ni en el Evangelio ha visto
la guerra preconizada.
PANT. Pues yo no me vuelvo atrás

y así tú no extrañarás
que mi demanda renueve.
PETRA. ¿Bendecir eso? ¡Jamás!
Dice él que hace lo que debe,
lo que debe, y nada más.
JUANILLO (*Ap. á Petra.*) Señora, os tengo que hablar.
PETRA. ¿Qué?...
JUANILLO Que el Cura consagrar
no quiere ese mamotreto,
porque cierto dia, inquieto,
fuí con él á descargar
mi conciencia de un secreto.
PETRA. ¿Cuál?
JUANILLO En eso que, en honor
del amo fué levantado,
ni está, ni estuvo enterrado
el brazo de mi señor.
PETRA. ¡Jesus!
JUANILLO Lo que os voy á hablar
tanto mi vida envenena,
que, al salir de confesar,
tenía tanto pesar,
que me emborraché de pena.
PETRA. Ven, Cipriano. ¿Pantaleon?...

Oigamos á Juan á un lado.
JUANILLO (*Á Petra.*) Señora, por compasion
valedme.
PETRA. Pierde cuidado.
JUANILLO Es que soy un miserable.
PETRA. No temas, Juan..
PANT. Que hable.
CIP. Que hable.
JUANILLO ¡Si tengo un miedo!
PETRA. Á mi lado,
serás tan inviolable
como un rey ó un diputado.
JUANILLO En la batalla, ó jollin,
que no sé cómo se llama,
que hubo allá por San Martin
entre Alhamilla y Alhama,
pasó una história sangrienta....
PETRA. Pues cuenta, Juan.
PANT. Cuenta.
CIP. Cuenta.
JUANILLO (*Á Petra.*) ¡Señora, amparadme! Cuento:
(*Á D. Pantaleon.*) Cuando salísteis lisiado
en aquel pronunciamiento
contra Alhama organizado,

siendo con tanto ardimiento
en vez de pegar, pegado,
fuí, como el de más talento,
naturalmente encargado
de hacer el enterramiento
de vuestro brazo cortado,
despues que, todo admirado,
acordó el Ayuntamiento
enterrar el brazo amado,
y, sobre el brazo enterrado,
levantar un monumento.
PANT. Sigue.
JUANILLO Con desembarazo
en un cesto meto el brazo;
y para hacer bien el hoyo,
dejo el cesto sobre un poyo.
Cuando de pronto, el Sultan,
vuestro perro, que era el can
que yo entónces más queria,
haciendo una felonía,
más que una centella presto,
mete el hocico en el cesto,
pilla el brazo, corre y váse....
Yo, porque no se notase

mi torpeza singular,
buscando para enterrar
algo que sangre arrojase,
veo el carnero delante
que á toda la compañía
nos regaló el Comandante
para almorzar aquel dia,
y fiero, cual Fierabrás,
hago víctima al carnero:
saco la navaja, y ¡zás!
le corto un cuarto de atrás,
más que Fierabrás de fiero.

PANT. ¿Pero el caso es?...

JUANILLO El caso es
que en union con los demás,
del pobre carnero.... pues,
nos almorzamos despues
tres cuartas partes no más.

PANT. Pero....

JUANILLO El pero es el arcano.
¡Perdon! Soy un criminal;
en aquel hoyo, mi mano,
en lugar de un brazo humano,
metió una pierna animal.

CIP. ¿Pero?...

PANT. Pero, ¡santo Dios!
¿qué dice este majadero?

PETRA. Quiere decir ese pero
que, en eso, en lugar de vos,
está enterrado el carnero.

PANT. ¡Bribon! *(Amenazando á Juanillo.)*

PETRA. Detente.

JUANILLO. Señora,
defendedme por piedad,
que este hombre conmigo ahora
vá hacer una atrocidad.

PETRA. *(Á Juanillo.)* Tendrás en mi casa asilo.

CIP. ¡Qué burla!

PANT. ¡Yo sudo el quilo!

JUANILLO. Cuando fuí lo de la res
á confesar intranquilo,
rió el cura un si es no es,
le recomendé el sigilo,
me absolvió....

PANT. ¿Y despues?

JUANILLO. Despues,
yo me quedé tan tranquilo.

PETRA. Por eso la bendicion

el cura echar no queria....

PANT. *(Reflexionando.)*
¿Y qué haré? vamos ¿qué haria
en mi caso Napoleon?

CIP. Nadie de mí extrañará
que yo este chasco celebre....
¡Cuántas veces nos dará
la história gato por liebre!

PANT. ¡Calla! esta idea me mata.
¡Y ese pueblo, tan buenazo,
que, en vez de adorar un brazo,
está adorando una pata!

JUANILLO. ¡Perdon! ¡perdon! ¡y perdon!

PANT. ¿Perdonarte yo? Aún podria....
Sí....

JUANILLO. ¿Perdonarme?... Eso haria
en tal caso Napoleon.

PANT. Pues.... chiton!

JUANILLO. ¡Mucho chiton!

PANT. Que nunca llegue este cuento....

JUANILLO. Nadie sabrá la traicion
que oculta ese monumento,
aunque me diese tormento
mañana la Inquisicion.

PANT. ¿Serás un mármol?

JUANILLO. Y tal,
señor, que lo callaria
aunque yo viese algun dia
la pata de ese animal
conducida á la Armería
como glória nacional.

PANT. ¡Bien! ¡bien! ¡Pero, galopin!...

JUANILLO. ¡Sí, sí, muy galopinazo!...

PANT. Dime, ¿qué ha sido por fin
del cadáver de mi brazo?

JUANILLO. Tuvo el mismo, á lo que infiero,
que el cadáver del carnero.

PANT. ¡Antropófagos!

JUANILLO. ¡Qué espanto!

PANT. ¿Comísteis?...

JUANILLO. ¿Creeis que yo pueda?...
Sultan, que parece un santo,
se os merendó en la alameda.

PANT. ¡El Sultan que lame tanto
esta mano que me queda!

JUANILLO. ¿Os lame? ¡El falso! Pues bien,
es que espera otra batalla
para comerse el canalla

el otro brazo tambien.
PANT. ¿Mi perro? ¡Oh, abominacion!
PETRA. ¿No alabais con tanto empeño
á toda revolucion?
Pues esta es la rebelion
del perro contra su dueño.
PANT. Al saber lo de la pata,
dudando de mi malicia,
en llegando á su noticia
se junta el pueblo y me mata.
PETRA. Bien vereis por vuestros yerros
demagogos y serviles,
que en estas guerras civiles
los que ganan son los perros.
JUANILLO. Pues no es eso lo peor.
PETRA. ¿Hay algo más todavía?
JUANILLO. Sí señora. Al otro dia,
como el maldito lebrel
se dejó medio comido
junto á Alhama el brazo aquel,
los de Alhama que lo hallaron,
sin más proceso, juzgaron
que era de algun hijo fiel,
y en victorioso tropel

lo cojieron, lo enterraron,
y á imitacion nuestra, alzaron
otra columna sobre él.
CIP. ¡Desgraciado!
PANT. ¡Bueno va!
Miéntras los restos sangrientos
de una res, cantan, á cientos,
mis amigos por acá;
sin saberlo, los jumentos,
me levantan monumentos
mis enemigos allá!
CIP. ¡Qué embolismo!
PANT. ¡Qué patrañas!
CIP. ¡Quién pudiera presumir!...
PANT. Vamos, que para mentir,
la história no tiene entrañas.
CIP. ¡Qué asco, y qué horror!...
PANT. ¡Pero, hermano!
CIP. ¡Yo adorar á este esperpento!
PETRA. Tú no te quejes, Cipriano;
Al fin vuestro monumento
cubre huesos de cristiano.
JUANILLO. Pero señor, ¿no es igual
cuando de huesos se trata?

¿Quién tiene idea cabal
de si un resto funeral
es un hueso, ó es una pata,
de un héroe ó de un animal?

CIP. ¡Bruto!

PANT. ¡Bruto!

PETRA *(Ap.)* *El quid pro quo*
para mí no tiene precio.

CIP. *(Ap.)* Pues señor, veo que yo
estoy tambien siendo un nécio.

ESCENA IX

DICHOS, ELISA y MARTIN y gente del pueblo.

ELISA. *(Llegando muy alegre con un papel en la mano, que entrega á Petra.)*
¡Tia! ¡Tia! ¡Qué alegría!
¡La dispensa!

PETRA. Pues ahora
pierde cuidado, hija mia,
que todo lo hará esta tia
que es muy rica y que os adora.
Lee ese papel, Pantaleon.
¿Cipriano? acércate allí.

Leed eso con atencion
y dadme vuestra opinion,
contestándome que *sí.*
Oye, Juan. *(Le habla al oido.)*

JUANILLO. ¿El monumento?
¡Que sublime pensamiento!

PETRA. Sé callado y eficaz.

JUANILLO. Voy bailando de contento,
á traeros al momento
los obreros de la paz.

(Juanillo se aleja, y á los pocos momentos vuelve con otros tres, armados de piquetas y se colocan á los cuatro ángulos del monumento, ocultos por los grupos de gente.)

PANT. ¡Oh, que intriga tan horrible! *(Despues de enterarse él y Cipriano de lo que dice el papel.)*

CIP. Está loca esta mujer.

PETRA. ¿Qué decís?

PANT. Que es imposible.

PETRA. ¿Y tú?

CIP. Que no puede ser.

PETRA. Pues basta de sumision.
Los chicos, desde este dia,
con mi cófia por pendon,

se declaran con su tia
en abierta rebelion.

PANT. He dicho que nó.

PETRA. Es lo mismo.
Nunca hacen nada mejor
padres llenos de egoismo,
que se olvidan con cinismo
de los hijos de su amor;
y en el belicoso ardor
de su inmenso fanatismo,
por jugar al heroismo
están jugando su honor.

PANT. Mas ¿qué tiene eso que ver?...

PETRA. ¿Queréis?...

PANT. Nó.

PETRA. Pues, adelante.
Para cumplir su deber
siempre será una mujer
un apóstol militante.
Dejaré al mundo aturdido
al contarle con horror
que, por dejar en olvido
á los hijos de su amor,
dos padres se han divertido

en ver á un perro traidor
con qué gracia se ha comido
el brazo de su señor.

PANT. ¡Qué horror!

CIP. ¡Qué horror!

PETRA. No hay horror
que mis propósitos venza.
Lo contaré, sí señor.

PANT. Me matarás de vergüenza,
si no me mata el dolor.

CIP. ¿Y dirás?...

PETRA. Como una actriz
en los teatros famosa,
contaré en verso y en prosa,
que, por cualquier cicatriz
causada por el desliz
de un arañazo de hermosa,
en esta pátria infeliz,
levanta la gente ociosa,
monumentos, que son cosa
de taparse la nariz.

CIP. ¡Qué mujer!

PANT. Si es una harpía.

PETRA. Yo soy una buena tia

que vuestros ódios deplora.
Conque ¿qué hago, Pantaleon?

PANT. ¿Ella?...

PETRA. Le ama.

CIP. ¿Y él?

PETRA. La adora....

CIP. *(Ap.)* Mi mujer ¿qué haria ahora?

PANT. *(Ap.)* ¿Qué haria aquí Napoleon?

PETRA. Responded, que estoy de prisa.

CIP. En fin....

PANT. En fin....

PETRA. Pues en fin,
(Á uno de los circunstantes que se aleja á cumplir la órden.)
dí al cura que, ántes de misa,
tiene que casar á Elisa
con mi sobrino Martin.

MARTIN. ¿Ves cómo todo se alcanza
con paciencia y con amor?

ELISA. ¡Yá luce de la esperanza
el rayo consolador!

PETRA. Y miéntras, por dicha tal,
la merienda se os prepara,
que vaya dando marcial

cada cual á cada cual,
un abrazo de Vergara....
un abrazo general.
(Se abrazan con algazara los de Alhamilla y Alhama: arrojan al aire las gorras de diferente color, y al volverlas á cojer se las cambian.—Miéntras dura el diálogo siguiente, Petra se pondrá á escribir en un tarjetero.)

MARTIN. *(Á Pantaleon.)* ¿Y nadie á este hijo querido
abraza?

PANT. ¿Mi hijo? ¡Bandido!
No eran esos mis deseos.

MARTIN. Mas, los ódios de partido,
como siempre han promovido
las Julietas y Romeos.

PANT. ¡Un pecho que nunca ardió
con la llama de la glória!

MARTIN. ¿Tan pequeña es la victoria
que mi pecho conquistó?

PANT. ¡Victoria!

MARTIN. ¿No tengo hoy yo
ese fuego que la história
en las Termópilas vió?

PANT. Fogoso para adorar,
pero para odiar muy parco.
MARTIN. No lo puedo remediar.
para mí es todo lugar
de fango y ranas, un charco....
PANT. Tú, para no batallar....
MARTIN. Amo. Y, lo que es para amar
soy un héroe de Plutarco.
PETRA. *(Escribiendo.)* ¡Bien!
PANT. ¡Qué vergonzosa história!
CIP. ¡Ay, hermano Pantaleon!
¡Yá estás viendo lo que son
nuestro honor y nuestra glória!
PETRA. *(Ap.)* Está muy bien; adelante.
(Á Pantaleon.)
Dáme el baston un instante.
PANT. Tómalo. ¿Qué vas á hacer?
PETRA. Hoy quiero haceros saber
cómo se debe mandar.
(Á los grupos.)
Las mujeres á coser,
y los hombres á labrar.
PANT. ¡Ay! mi história concluyó,
pues yá estoy viendo con pena

que llegó mi santa Elena,
despues de este Whaterlóo.
PETRA. Escribe; y haciendo histórias,
tendrás un nombre preclaro.
PANT. ¿Cómo, á pesar de mis glórias,
podré escribir mis memorias
con este final tan raro?
PETRA. Si es malo el final, se miente....
PANT. Nunca al mundo, Pantaleon
mentirá cobardemente.
PETRA. Pues miente valientemente....
como hacía Napoleon.
Ea, lo dicho, á cambiar
todo lo de arriba á abajo.
Es menester transformar
el amor de batallar
por el amor del trabajo.
¿Qué es de Frascuelo?
FRASC. *(Saludando militarmente.)* Presente.
PETRA. Licencia al punto tus tropas.
FRASC. ¿Mis qué?...
PETRA. Tus tropas.
FRASC. ¿Mi gente?
Bien; les diré simplemente

que si en su casa no hay sopas,
beban caldo de la fuente.
(Á los voluntarios.) Escuchadme, paisanaje,
que con tan raro atalaje
y esas gorras de color,
pareceis por el plumaje
pájaros del Ecuador;
sólo os tengo que decir,
que yá no sois menester.
¡Rompan filas! y á vivir
los que tengan que comer.

PANT. *(Ap.)* ¡Tener por yerno un Alhama!

CIP. *(Ap.)* ¡Yo suegro de una Alhamilla!

PETRA. Ahora, escuchad mi programa,
guerreros de pacotilla.
(Leyendo lo que escribió en el tarjetero.)
Primero: fusilamiento!

PANT. ¿Fusilamiento?

CIP. ¡Gran Dios!

PETRA. *(Mirando á Elisa.)* Segundo....

ELISA. ¿Qué?

PETRA. *(Despues de besarla.)* ¡Casamiento!

FRASC. ¡Otro crímen! ¡y van dos!

PETRA. Tercero: misa cantada.

FRASC. ¡Despues de dos enterrados!...

PETRA. Cuarto: en la calle cerrada
merendarán los soldados
un carnero....

PANT. Nó, por Dios.

PETRA. ¿Pues qué prefieres?

PANT. Prefiero
darles un buey todo entero.

FRASC. ¡Cómo! ¿un buey de carne?...

PANT. Ó dos:
todo, ménos un carnero.

FRASC. ¡Un buey de carne! Ea, pues,
ejército coaligado,
abrazaos y despues
á hartarse de buey asado,
como un ejército inglés.

PETRA. ¿Dónde está el tambor?

FRASC. Allí.

PETRA. *(Dirigiéndose al que hace de tambor.)*
Por última vez aquí
vas á lucir tu destreza;
y, si no lo haces así,
no estrañarás, buena pieza,
que este baston toque en tí

un redoble en la cabeza.
Toca marcha, y muy aprisa.
(Se oye el repique de las campanas y el tambor toca marcha deteniéndose á la puerta de la Iglesia miéntras los demás van entrando.)
Dá el brazo á Martin, Elisa.
Los demás, de dos en dos,
os vais todos á oir misa
en paz y en gracia de Dios.
¡Marchen! paso redoblado;
una, dos, dos, una, dos....

FRASC. *(Viéndoles desfilar y marcándoles el paso.)*
Ejército coaligado:
cuidado, mucho cuidado,
no hay que olvidarse de Dios
pensando en el buey asado.
(Pantaleon y Cipriano se cojen del brazo.)

PANT. ¡Adios, lugar de mi ex-glória!

CIP. ¡Qué horrible equivocacion!

PANT. ¡Cipriano, lo que es la histório!

CIP. ¡Lo que somos, Pantaleon!

PETRA. Yá al fusilamiento llego.
Y ántes que impedirlo intenten,
Juan, la víctima os entrego.

(Juanillo y los demás van haciendo con las piquetas á la voz de mando lo que harian con un fusil.)
¡Armas al hombro! ¡Presenten!
¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!
(Á la voz de fuego los cuatro operarios dirigidos por Juanillo descargan las piquetas ó mazos sobre el monumento, que empezará á caer á pedazos. Al redoble del tambor y al repique de las campanas van entrando de dos en dos en la Iglesia, miéntras Petra sigue presidiendo la demolicion del monumento, y Pantaleon lo mira con muestras de dolor.)

FIN

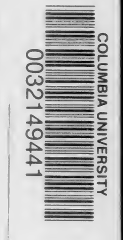
ÍNDICE

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the library rules or by special arrangement with the Librarian in charge.

DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE
	MAY 1 6 1949		
C28 (747) M100			

86C15 07
Campoamor,
Nuevos pequeños poemas



MAY 14 1941

